



Criminal de guerra

Drama en tres actos, el último de ellos dividido en dos cuadros

Joaquín Calvo-Sotelo

A Pedro Torre Isunza,
gran escultor y gran amigo

PERSONAJES

ELISABETH HOFFMANN.

AGATA HOFFMANN.

ILSE HOFFMANN.

HELEN STORTZ.

MARGARET.

ALICIA ALMOND.

SEÑORA KLEIN.

WILLIAM KENNERLEIN.

FREDERIK KENNERLEIN.

DANIEL O'CONNOR.

ERNEST PAHLEN.

COMANDANTE TRUSELL.

CAPITÁN MARLING.

Esta obra se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid, por la Compañía de Rafael Rivelles.

La escena representa la sala de estar de una villa situada en las afueras de la imaginaria ciudad alemana de Steinburg. Al foro, un gran ventanal, bajo el que corre un ancho diván. A la izquierda, en primer término, una escalera que conduce a las habitaciones de la planta superior. Es una escalera en ángulo, con un pequeño rellano que enlaza directamente con la puerta que conduce a ellas. En primer término, a la izquierda, otra puerta que lleva a las habitaciones de la planta baja.

En la derecha, en el centro, la que, a través de un pequeño vestíbulo, cuya existencia se supone, da a la calle. Sillas y butacas. Una mesita con un teléfono. Un retrato de FREDERIK KENNERLEIN, en lugar visible. Libros. Todo acusa, no riqueza, pero sí bienestar material. Manos de mujer denuncian su presencia por doquiera.

Muy importante: los términos derecha e izquierda, van referidos siempre al espectador y no al actor.

La acción comienza mediado el verano de 1945. La acción del segundo, en enero de 1947. La del primer cuadro del acto tercero, una hora después. La del segundo cuadro, un mes más tarde.

△▽

Acto I

Al levantarse el telón, se encuentra en escena ILSE HOFFMANN. Es una chiquilla, casi una adolescente. Lleva unas largas trenzas rubias.

ILSE ha descorrido uno de los visillos del ventanal y mira, con curiosidad y con tristeza, algo que se divisa a través de ellos. Desde arriba se oye la voz de AGATA HOFFMANN.

AGATA.- ¡Ilse!

(ILSE, llena de zozobra, se aparta del ventanal. Bajo su respuesta, se transparenta un fondo de temor.)

ILSE.- ¿Qué, abuela?

AGATA.- ¿Dónde pusiste la cesta de la costura? ¿La tienes ahí?

ILSE.- No. Está en mi cuarto, en la mesilla de noche.

AGATA.- Voy a ver...

(Se produce una pausa.)

ILSE.- **(Exploradoramente.)** ¿La encontraste, abuela?

AGATA.- Sí, sí...

(Entonces ILSE, desechados sus temores, vuelve a su observatorio inicial. ERNEST PAHLEN, teniente del Ejército norteamericano, aparece por la puerta de la derecha. Es joven. Su uniforme consiste, sencillamente, en un pantalón caqui y una camisa del mismo color, con corbata también caqui. Lleva en la mano una gorra de plato y

retrocede para dejarla en un supuesto gabanero del vestíbulo. ILSE no ha advertido su presencia.)

ERNEST.- **(Se dirige a ILSE con cierta ternura, como a una niña.)** ¿Quieres saber quiénes son los que desfilan por la carretera?

ILSE.- **(Con un orgullo vivísimo.)** No sea insolente y no me trate de tú. Soy una señorita.

ERNEST.- Discúlpeme, señorita. ¿Quiere usted saber quiénes son los que desfilan?

ILSE.- De sobra sé que son compatriotas suyos.

ERNEST.- En efecto: son los muchachos del general Davidson. Va a ocupar la zona americana de Berlín.

ILSE.- Me da lo mismo que si fueran esquimales camino del Polo.

ERNEST.- Como le veía mirando...

ILSE.- No tenía otra cosa mejor que hacer.

ERNEST.- Está bien, señorita Ilse; no se enfade. **(Inicia el mutis por la izquierda.)**

ILSE.- Si les ha sido prohibido el trato con los alemanes, ¿por qué me habla?

ERNEST.- Al Alto Mando no le interesa un ejército de sordomudos.

ILSE.- Pero a mí sí el que usted lo sea.

ERNEST.- Usted es mi Alto Mando, señorita Ilse. Enmudeceré. **(Y se va por la izquierda.)**

(ILSE se cerciora de que se ha marchado y vuelve, como al principio de la escena, a mirar por el ventanal. Ahora pudiera oírse, tal vez, alguna canción, un coro de hombres que se alejará poco a poco. En todo caso, transcurridos unos segundos, la señora AGATA

HOFFMANN descenderá por la escalera. Es alta, de porte severo. Viste con modestia, pero señorialmente. Al ver a ILSE, pone un gesto de profundo enojo y se aproxima a ella, que no advierte su presencia hasta el último momento. ILSE, entonces, se levanta avergonzada, no con la vergüenza pueril de una colegiala, sino más honda.

Comprende que acaba de cometer casi una mala acción. AGATA no la reprende en seguida. Da lugar a que ILSE se aleje del ventanal y avance al centro de la escena. Habla en voz baja, con el deseo de que sus palabras se claven, como flechas, en el corazón de ILSE.)

AGATA.- ¿No te abochorna tu curiosidad, Ilse? Ahí les tienes... Son los que han matado a tus padres y vencido a tu patria. Yo ni les he mirado, pero les estoy oyendo pasar desde la madrugada. Millares de hombres y millares de cañones... ¿Te divierte el espectáculo? ¿Quieres verlo cómodamente? **(Abre el ventanal.)** Pues, hazlo... ¿Te interesa sacarles fotografías? Arriba está la máquina de Elisabeth. ¿O prefieres arrojarles flores? En el jardín habrá algunas. Arráncalas y pónselas en los cascotes.

ILSE.- **(Llora.)** ¡Abuela!...

(ELISABETH HOFFMANN descende la escalera. Es una mujer de unos treinta años. Bella, serena y dulce. También viste

sencillamente, pero con una sencillez deliciosa.)

ELISABETH.- ¿Qué hacía, mamá?

AGATA.- **(Mordazmente.)** Daba espectadores al desfile de la victoria.

ILSE.- No es verdad, abuela. Nadie me veía. **(Le replica entre sollozos.)**

ELISABETH.- Bueno, bueno, Ilse, deja de llorar...

ERNEST.- **(Reaparece por la izquierda.)** ¿Sucedó algo?

AGATA.- **(Con altivez.)** Nada que le concierna, teniente.

ERNEST.- Muy bien, señora. **(Mutis izquierda.)**

ELISABETH.- Serás vieja y te dolerá haberles visto. Muchos menos años que tú tenía yo, cuando les vi en la otra guerra, y toda la vida me ha dolido aquel recuerdo.

ILSE.- Si yo, tía Elisabeth... **(Sus sollozos han perdido su pasado dramatismo. Ahora hipa tan solo.)**

ELISABETH.- Vamos, vamos, cálmate... Y cierra esa ventana.

ILSE.- Fue la abuela, quien... **(Le obedece, pese a su excusa.)**

AGATA.- Las ventanas y las puertas, cerradas. Crespones negros en los balcones. Así debieran encontrar los vencedores, las casas que quedan todavía en pie sobre Alemania.

(ILSE concluye de cerrar el ventanal, y se va, culpable y en silencio, por la escalera.)

ELISABETH.- **(Conciliadoramente.)** No le riñas, mamá. Es tan niña...

AGATA.- Ya tiene edad de comprender lo que sucede.

ELISABETH.- Se ha dejado llevar de la curiosidad...

AGATA.- Bien malsana, por cierto.

ELISABETH.- Son las primeras tropas que pasan por aquí. Esto no es como la ciudad, madre, ocupada desde el segundo día y deshecha desde hace doscientos.

AGATA.- Prohibido el contacto con la población civil. ¡Qué maravilloso acuerdo el suyo!... Ni el de la mirada, Elisabeth. Me dispongo a vivir el tiempo que sea preciso, como si fuera un fantasma entre seres de carne y hueso. Procuraré olvidarme de que existen; no verles, aunque les tropiece por las calles; no oírles, aunque me griten, y tratarles, como sombras.

ELISABETH.- Temo que resulte imposible, madre.

AGATA.- Si me faltaran las fuerzas, me acordaría de los padres de Ilse, sepultados entre los escombros de su casa; de mi marido, de mi hermano, no sé si muertos o vivos; de las ciudades en ruinas, de los sufrimientos pasados, de las humillaciones... Y confío en que, tantas cosas, me ayudarán eficazmente a volverles la espalda.

ELISABETH.- Si yo me dejara llevar de mis impulsos, te secundaría. Temo que no sea ni fácil ni prudente...

AGATA.- Tu odio hacia ellos tiene menos quilates que el mío,

Elisabeth.

ELISABETH.- Eso no es verdad, madre.

AGATA.- Tu padre y yo sí lo sentimos. Tú ya tienes otro espíritu. Has andado mucho más mundo que nosotros. Tu visita a Norteamérica, a casa de los Kennerlein, te dejó impresionada.

ELISABETH.- Volví de América tan alemana como había ido.

AGATA.- Sí, pero con admiración y con afectos.

ELISABETH.- Admiración, sí, ¿por qué no? Afectos... Vosotros me mandasteis de embajadora familiar.

AGATA.- **(Con tasada nostalgia.)** Hubo un tiempo en que los Kennerlein norteamericanos y los alemanes nos queríamos. Hasta el catorce, o, mejor dicho, hasta el diecisiete. Después, vino un silencio que duró muchos años. Es cierto...; les llevaste el ramo de la paz en la mano. ¿No fue así, Elisabeth?

ELISABETH.- **(Confusa.)** Sí, madre.

AGATA.- Me he arrepentido mil veces de aquel viaje tuyo, hija mía. Tengo la impresión de que repercutió desastrosamente en tu vida.

ELISABETH.- **(Sin convicción.)** ¡Qué absurdo!

AGATA.- Y, por cierto, pienso, también, que no sería difícil que alguno de los Kennerlein anduviera entre las tropas de ocupación, conquistando la tierra de sus antepasados.

ELISABETH.- **(Levemente.)** También lo he pensado yo.

AGATA.- Pero ahora sí que han muerto, y definitivamente. Hay ya demasiada sangre entre nosotros.

ELISABETH.- Yo no me siento con fuerzas de nada, mamá. Tú las tienes hasta para el odio.

AGATA.- Serán las últimas que pierda.

ELISABETH.- Estás excitada.

AGATA.- ¿Crees que sin motivo?

ELISABETH.- No, eso no.

AGATA.- ¿Qué sabemos de tu padre? General Hoffmann, al mando de la 98 División. He ahí todas nuestras noticias. ¿Qué ha sido de esa división? ¿La han aniquilado? ¿La han hecho prisionera? ¿Se ha disuelto? ¿Y de mi hermano? Mayor Frederik Kennerlein, en la 215 División, ¿qué sabemos?

ELISABETH.- **(Atormentadamente.)** Nada, mamá, nada...

AGATA.- ¡Ilse! ¡Ilse!

ILSE.- **(Desciende la escalera, sumisa, con una voz pequeñita.)** Dime, abuela.

AGATA.- Vete a casa de Helen Stortz. Pregúntale si ha oído la radio y qué noticias dio. Evitamos a Margaret, por favor.

ILSE.- Bueno. **(Hace mutis por la puerta de la derecha.)**

AGATA.- Margaret me ataca los nervios. Tiene un alma de buscona. Va detrás de los hombres como una perra hambrienta.

ELISABETH.- ¿Por qué no quieres oír tu radio?

AGATA.- Porque tropiezo siempre con voces que insultan y con idiomas que hieren como una bofetada.

ELISABETH.- Tu mentalidad, mamá, no es ciertamente la del vencido.

AGATA.- Me avergonzaría si lo fuera la tuya.

ELISABETH.- Yo procuro hacérmela: no hay otro remedio.

ILSE.- **(Ya de retorno.)** Ahí está Margaret, abuela. No es mía la culpa, venía para aquí.

(MARGARET es una mujer de treinta y tantos años, de aire descocado y cínico.)

ELISABETH.- Hola, Margaret.

MARGARET.- ¿Qué tal, señora Hoffmann? ¿Qué tal, Elisabeth?

AGATA.- Buenas tardes, Margaret.

ILSE.- La señora Pittersen me ha pedido que acompañe a su niña un instante, mientras ella sale. ¿Puedo?

AGATA.- Sí.

(Mutis de ILSE por la derecha.)

ELISABETH.- Perdóneme si la molestamos. Como usted oye tanto la radio...

MARGARET.- ¿Qué otra cosa puedo hacer si no quiero morirme de hastío?

AGATA.- **(La mira un poco irritadamente.)** En los tiempos que corremos, es una muerte de lujo, Margaret.

MARGARET.- ¿Usted cree que el hastío no mata?

AGATA.- ¡Ah, sí, sí!... No lo dudo.

MARGARET.- Pero a mí me parece que las cosas cambiarán pronto. El cine lo abren la semana próxima; andan pegando carteles. Empezarán a dar películas americanas. Y en el Copacabana -solo el nombre me suena a baile: Copacabana- hay ya una orquestina, como antes de la guerra.

AGATA.- Margaret: ni la pequeña Ilse tiene unas preocupaciones tan frívolas como las tuyas, y perdóneme si se lo digo.

MARGARET.- ¿Y por qué había de tenerlas Ilse? La vida aún no ha empezado para ella. Pero a mí, ¿cuánto tiempo calcula usted que me queda de ir a los dancings y de que me saquen a bailar los muchachos? Porque yo me miro las ojeras todas las mañanas y, la verdad, me siento pesimista.

AGATA.- Hay otras cosas en la vida más importantes que esas, Margaret.

MARGARET.- Cítemelas, por si le doy la razón. Usted fue joven, se casó, vivió dichosa unos años, tuvo unos hijos... A mí, eso mismo, con lo que soñé un día, me lo arruinó la guerra. Todas las edades son malas para que la guerra le enganche a uno, pero la mía, créame, señora Hoffmann, es la peor.

AGATA.- No lo discutamos, Margaret. Y cuénteme, aparte de lo del cine y del Copacabana, qué es lo que ha oído por la radio.

ERNEST.- **(Por la izquierda.)** ¿Puedo saberlo yo también?

(AGATA le mira con desdén y no le responde.)

MARGARET.- Claro que sí, teniente. ¿Cuándo ha dicho la radio algo en secreto? Pero sin fumar, no sé, parece como si se me fueran a olvidar las cosas.

(ERNEST PAHLEN le ofrece un cigarrillo, mientras AGATA oculta a duras penas su cólera. MARGARET enciende, con sus propios medios, el cigarrillo y echa voluptuosamente una bocanada de humo al aire.)

Pues lo de hoy no ha sido cosa del otro mundo, aunque tenía su salsa. Que la Asamblea de las Naciones Unidas ha sido una maravilla y que todos han estado simpatiquísimos y a partir un piñón; que aquí serán juzgados los criminales de guerra; que la flota italiana se la distribuirán como buenos amigos y que habrá cazatorpederos para dar y tomar; que guerrilleros españoles han desembarcado en el puerto de Salamanca... ¡Qué sé yo!... Son las noticias que recuerdo. Bastante surtidas, ¿no?

AGATA.- Alguna referencia, por vaga que sea, pero que pueda interesarnos, de una manera personal, en relación con mi marido o con mi hermano Frederik, ¿no oyó usted?

MARGARET.- Nada, señora Hoffmann.

ELISABETH.- Gracias de todas maneras, Margaret.

MARGARET.- **(A ERNEST.)** ¿Usted sabe, teniente, si esta procesión va a durar horas, días o, tal vez, meses? Es un censo para los que dormimos al lado de la carretera.

ERNEST.- Las bombas quitaban más el sueño, señora.

MARGARET.- Señorita, teniente, señorita.

(ERNEST hace mutis por la izquierda. MARGARET va al espejo.)

¿Ven ustedes lo que les decía? Me ha llamado señora... ¡Qué ojeras no tendré! En fin, siento que mis noticias sean tan poco divertidas... Si para algo me necesitan, ya saben dónde pueden encontrarme.

ELISABETH.- Muchas gracias, Margaret. ¿Y su cuñada Helen?

MARGARET.- Esa se llevaría muy bien con ustedes. Llorando está desde la derrota.

AGATA.- Su cuñada siempre me ha parecido a mí una mujer como se debe ser.

MARGARET.- **(Mientras hace mutis por la lateral derecha.)** Solamente un poco extremosa... Vaya, buenas tardes.

ELISABETH.- **(Con un leve tono de reproche.)** Buenas tardes, Margaret.

(AGATA no le contesta y, animada de una profunda irritación, hace mutis por la escalera. ELISABETH acompaña un poco a MARGARET hacia la puerta. De vuelta ya, al intentar marcharse

por la escalera, ERNEST le sale al paso, por la izquierda, y la detiene.)

ERNEST.- Señorita: desearía hablar con usted.

ELISABETH.- Dígame.

ERNEST.- Usted ya sabe lo que significa mi presencia aquí, ¿no es cierto?

ELISABETH.- Creo que sí.

ERNEST.- No lo digo así, de una manera abstracta: el ocupante, el vencedor, el ejército enemigo..., no, no. El teniente Ernest Pahlen, ¿sabe usted lo que representa? Yo he venido a requisar justamente esta casa para el Jefe del Servicio de Enlace de las Fuerzas Americanas de Zona Occidental.

ELISABETH.- Muy bien. ¿Qué le mueve a repetírmelo una vez más?

ERNEST.- Hoy, o mañana, o pasado, o cuando sea, se instalará aquí.

ELISABETH.- Ya lo tenemos previsto.

ERNEST.- Pudiera no impedir eso el que ustedes, con ciertas limitaciones, continuaran viviendo bajo el mismo techo, pero siempre a condición de que ninguna secundara la actitud de la señora Hoffmann.

ELISABETH.- ¿Y qué es lo que le sucede a la señora Hoffmann?

ERNEST.- Parece no habernos perdonado que cruzáramos el Rhin. Sin embargo, ese es un hecho que pertenece a la Historia y que conviene aceptar con todas sus consecuencias.

ELISABETH.- Nos hemos dado cuenta desde el primer momento, teniente Pahlen.

ERNEST.- Usted, sí; la señora Hoffmann, no. Ilse, tampoco; ahora que, lo de Ilse, no tiene importancia. **(Se sonríe, comprensivo.)** Esa es una niña extraordinaria, se lo aseguro. Yo la admiro sinceramente. A la señora Hoffmann, acaso también.

ELISABETH.- Muchas gracias.

ERNEST.- Pero desearía comunicarle que, la menor reticencia de su parte, la menor incorrección, el menor gesto de hostilidad, llevarían aparejados su desahucio.

ELISABETH.- Me doy por notificada en su nombre, teniente Pahlen.

ERNEST.- A mí me parece más noble que sea yo quien se lo advierta y no el coronel Kennerlein.

ELISABETH.- ¿Quién ha dicho usted?

ERNEST.- El coronel Kennerlein: es el jefe por cuyas órdenes yo me he hecho cargo de Villa Agata.

ELISABETH.- ¿Sabe cuál es su nombre?

ERNEST.- William. Coronel William Kennerlein.

ELISABETH.- ¿De New Orleans?

ERNEST.- Sí. Exacto. De New Orleans. ¿Le conoce usted?

ELISABETH.- Sí, le conozco. ¿Y fue él quien le ordenó incautarse de esta casa?

ERNEST.- Sí. Me hizo especial hincapié en que respete, para ustedes,

una parte de ella. No sé si se percatan de lo excepcional de la medida. Habrá pocas familias en Alemania en sus mismas condiciones.

ELISABETH.- Se lo estimamos mucho... **(Habla ambiguamente.)** Y no se preocupe: mi madre, la señora Hoffmann, moderará sus nervios.

ERNEST.- Se lo aconsejo. Es todo lo que deseaba decirle. **(Y se va por la izquierda.)**

(ELISABETH le mira marcharse y se va, a su vez por la escalera.

MARGARET penetra por la derecha. Y en seguida FREDERIK KENNERLEIN. FREDERIK KENNERLEIN es un hombre de cuarenta y tantos años, al que le falta un brazo. Tiene el pelo prematuramente encanecido. Viste algo que fue, en su tiempo, uniforme alemán. No lleva insignias ni cruces, salvo la de Hierro. La manga vacía pende dramáticamente de la guerrera. Esta, solo a trechos, aparece abrochada.)

MARGARET.- **(Viene fumando todavía.)** Su familia se encuentra bien. Acabo de estar con ella. ¿Quiere que llame?

FREDERIK.- Déjeme, se lo suplico. **(Titubea un instante y hace mutis por la lateral izquierda.)**

MARGARET.- **(Con intención de advertirle de su error.)** No, no. Yo creo que...

(HELEN, la cuñada de MARGARET, aparece en la lateral derecha. Por fortuna para ella, es el reverso de MARGARET. Su edad, sobre poco más o menos, la misma.)

HELEN.- ¿Es él...?

MARGARET.- Sí. Tipo interesante, ¿verdad?

HELEN.- Le falta un brazo...

MARGARET.- Lo perdió en la campaña de Rusia.

HELEN.- ¡Pobre! Ha envejecido tremendamente.

MARGARET.- No tanto, no tanto...

FREDERIK.- **(Por la izquierda.)** ¿Usted es Helen Stortz?

HELEN.- Sí. ¿Cómo se encuentra? ¡Qué alegría verle!

FREDERIK.- También lo es para mí, Helen.

HELEN.- Todos los suyos están bien.

FREDERIK.- Ya lo sé. Muchas gracias. **(Y hace mutis por la escalera.)**

(ERNEST sale por la izquierda y se queda mirando a FREDERIK.)

HELEN.- **(A MARGARET.)** ¿Te quedas?

MARGARET.- Un momento, sí.

(Mutis de HELEN por la derecha.)

ERNEST.- Escúcheme, señora.

MARGARET.- Señorita, ya le dije, teniente.

ERNEST.- ¿Quién es este señor?

AGATA.- **(Desde dentro.)** ¡Frederik!

ELISABETH.- ¡Frederik!

MARGARET.- Ya lo oye usted: Frederik.

ERNEST.- Frederik, ¿qué?

MARGARET.- **(Con un tono de burla.)** Espere usted. No es probable que den el apellido. **(Y aparenta escuchar. Solo se oye un confuso rumor de voces.)** Tendré que decírselo yo. Pero un cigarrillo para después, teniente...

(El teniente le da, desdenoso, la cajetilla entera. MARGARET pone un gesto de júbilo.)

Ajá... **(Dispuesta a explicarle el árbol genealógico completo del recién llegado.)** Se trata del comandante Frederik Kennerlein, hermano de la señora Agata Hoffmann y tío, en consecuencia, de Elisabeth Hoffmann.

ERNEST.- Kennerlein... Ahora entiendo.

MARGARET.- Ya tienen suerte las dos... Me parece que no van a ser muchas las escenas como esta que veamos en Alemania. Mi impresión es que volverán pocos.

ERNEST.- Culpa de haber salido tantos.

MARGARET.- Teniente: si de mí hubiera dependido, no habría salido ninguno, se lo juro.

ERNEST.- ¿Es el padre de Ilse?

ILSE.- **(Desde dentro, por la lateral derecha.)** ¡Tío Frederik!

MARGARET.- **(Con un aire de prestidigitador.)** Le basta preguntar para ser informado.

ILSE.- **(Más cerca ya.)** ¡Tío Frederik!

MARGARET.- El padre de Ilse era sobrino suyo, y murió en un bombardeo, hace dos años.

ILSE.- **(Aparece, agitada, en la puerta de la derecha.)** ¡Tío Frederik!

(Y FREDERIK, desciende la escalera a su vez. Tío y sobrina se aprietan el uno contra el otro, entrañablemente.)

FREDERIK.- **(No solo el brazo, perdió también en la guerra la sonrisa: fue la pérdida más grave.)** ¿Qué hay, Ilse?

ILSE.- ¡Oh, tío Frederik!

FREDERIK.- Déjame verte... ¡Cómo has crecido, chiquilla!

(AGATA y ELISABETH, surgen por la escalera. ERNEST, se retira por la izquierda. MARGARET, por la derecha.)

Eres una mujer ya, chiquilla... **(Le aleja un poco de sí.)**

(AGATA y ELISABETH surgen por la escalera.)

Ilse: fíjate bien en esta manga vacía. Acostúmbrate a mirarme desde

ahora para que no te sorprenda en lo sucesivo.

(ILSE le mira, en efecto, muy hondamente. Y le besa con unción la manga.)

Está bien, Ilse...

ELISABETH.- Poco tenemos que ofrecerte, Frederik; pero ¿qué quieres?

FREDERIK.- Lo más sencillo: agua.

(ILSE se separa de él, velozmente, y hace mutis, escaleras arriba.)

Gracias, Ilse.

AGATA.- Repítemelo, Frederik: ¿mi marido vive?

FREDERIK.- Supe de él hace muy poco, ya te lo he dicho. ¿Te acuerdas del doctor Hatmann, que fue vecino nuestro en Dresde?

AGATA.- Sí...

FREDERIK.- Él me dio noticias. Había visto al general, en su coche, cerca de la frontera francesa.

AGATA.- Pero, ¿cuánto tiempo hace de eso?

FREDERIK.- Dos meses..., acaso...

AGATA.- Pueden haber pasado tantas cosas desde entonces...

FREDERIK.- Sí, realmente, pero... no sé... Me parece que no faltan razones para tener confianza...

ELISABETH.- Es verdad lo que dice Frederik, mamá...

FREDERIK.- Por su sector, no se ha combatido últimamente. Nadie es capaz de garantizar la vida de nadie y un segundo basta para perderla... Sin embargo, Agata...

AGATA.- Llevas razón, Frederik. Confío en Dios.

(ILSE desciende la escalera con un vaso de agua.)

ILSE.- Toma. Es muy fresca.

(FREDERIK la apura de un trago.)

FREDERIK.- Gracias, Ilse.

ILSE.- ¿Quieres más?

FREDERIK.- Me basta.

(ILSE se retira con el vaso por donde vino y regresa en seguida.

FREDERIK contempla, nostálgico, la habitación.)

Todo está igual, Agata...

ELISABETH.- ¿Cuánto tiempo hace que tuviste la última licencia?

FREDERIK.- Mucho... Aún había esperanzas entonces. **(Se dirige al ventanal. Lo entreabre.)** Pero eso... es demasiado fuerte.

AGATA.- Aún siguen pasando...

(ILSE, sale por la escalera, va al ventanal y lo cierra.)

ELISABETH.- ¿Y no creéis que sería peor que fueran «los otros» los que pasaran?

(ILSE hace mutis por la derecha.)

FREDERIK.- ¿Es que no pasan también?

ELISABETH.- Al menos, no por aquí.

FREDERIK.- Pero sí por muchas ciudades como la nuestra... Y Alemania entera, está en cada una de ellas.

ILSE.- Tío Frederik, la señora Klein pregunta por ti. Dice que es cuestión de un instante.

FREDERIK.- ¿La señora Klein?

ELISABETH.- ¡Pobre!... Ya sé lo que quiere... Que pase, Ilse...

(Entra la señora KLEIN. Es una mujer de muchos años ya. Habla como si deseara hacerse perdonar. Mueve a simpatía -pequeña, bondadosa y amable- desde el primer momento.)

KLEIN.- Buenas tardes.

AGATA.- Buenas tardes, señora Klein.

ELISABETH.- Deme los retratos.

(La señora KLEIN le entrega unos retratos. ELISABETH, a su vez, se los da a FREDERIK.)

KLEIN.- Ese es Ferdinand, cumplirá veintitrés años el primero de noviembre; 52 División.

FREDERIK.- No le he visto nunca, señora.

KLEIN.- Y este es Albert. Albert Klein... Ahí está sin gafas, pero suele llevarlas. Es muy miope... 52 División. ¿De verdad no le ha visto tampoco?

FREDERIK.- No, señora.

KLEIN.- ¿Y este? Es el más pequeño, Richard Klein... Veinte años... muy animado. Tiene que haberle visto..., a la fuerza... Le gusta mucho silbar... Siempre está con eso de «Lily Marlén». Es una canción triste. Me bastó oírla una vez para comprender que perderíamos la guerra.

FREDERIK.- **(Entristecido.)** No le conozco, señora.

KLEIN.- Bueno... Ya me escribirán algún día... Hasta luego, señora Hoffmann.

AGATA.- Buenas tardes, señora Klein.

(La señora KLEIN, recoge los retratos y se va, sonriente, como vino, por la puerta de la calle.)

FREDERIK.- La eterna consulta.

ELISABETH.- **(Transición.)** Frederik: ¿por qué no te cambias de ropa?... Ponte al menos otra chaqueta. Me apena verte con esa guerrera.

FREDERIK.- Nunca dio alegría el uniforme del vencido. **(Se aviene, sin embargo, al ruego de ELISABETH, y va a hacer mutis por la escalera. Ya en su arranque.)** No os he preguntado, por cierto, cuál es la situación de esta casa.

ELISABETH.- Ocupada.

FREDERIK.- ¿Por quién?

ELISABETH.- Tú tampoco lo sabes, madre, y es conveniente que te lo diga. Por el coronel William Kennerlein.

AGATA.- Por William...

FREDERIK.- ¿Y dónde está William?

ELISABETH.- No lo sé. Según el teniente, podrá llegar en cualquier momento.

FREDERIK.- No seré yo quien le dé la bienvenida.

(Y sube por la escalera, seguido de ELISABETH y de AGATA. ILSE ha surgido hace unos segundos en la puerta de la calle. ERNEST sale, como disparado, por la izquierda, cruza la escena y hace mutis por la lateral derecha. Algo observa que le sorprende.)

ILSE.- **(En el arranque de la escalera.)** ¡Abuela, Elisabeth, tío Frederik!...

FREDERIK.- **(Desde el rellano.)** ¿Qué sucede?

ILSE.- Un coche que se ha parado en la carretera... y del que ha bajado un oficial americano.

ELISABETH.- **(Desciende la escalera.)** ¿Qué pasa?

(ILSE le lleva a su observatorio.)

ILSE.- Viene hacia aquí con el teniente.

ELISABETH.- Sí...

ILSE.- ¿Quién será, tía Elisabeth?

ELISABETH.- El nuevo dueño de Villa Agata; Ilse... **(Y se va, con cierta presteza, escaleras arriba.)**

ERNEST.- **(Desde dentro.)** No le esperaba tan pronto, coronel Kennerlein.

KENNERLEIN.- Tampoco yo contaba con llegar hoy.

ERNEST.- Pase por aquí.

(ILSE, si por un momento pensó en huir, no fue, al final, capaz de hacerlo. La curiosidad la sujeta. El coronel KENNERLEIN aparece en la puerta del foro. Es un hombre robusto y bien plantado, de unos cuarenta años. Trae una gran cartera de piel, bajo el brazo, con grandes correas y una leve varita, una especie de caña muy corta, con la que juega como si fuera una fusta. Examina, de una mirada circular, la escena y, naturalmente, cuando le llega su turno, ve a ILSE, que le contempla, amedrentada y nerviosa, sin saber qué hacer.)

KENNERLEIN.- ¿Así, pues, esta es la casa...? **(La contempla, un poco emocionado.)**

ERNEST.- Justamente, mi coronel. Y bien amplia, por cierto. Tiene habitaciones a los dos lados. Otra planta grande, encima. Y otra, más pequeña, abajo.

KENNERLEIN.- ¿No sufrió nada con la guerra?

ERNEST.- No. Se encuentra intacta.

KENNERLEIN.- ¿Y esta muchacha? **(Se lo pregunta a ella misma.)**

ILSE.- **(Con aire grave.)** Querrá usted decir esta señorita.

(KENNERLEIN acepta de buen grado la reprensión y rectifica el tratamiento sin echarlo a broma.)

KENNERLEIN.- En efecto, ¿quién es esta señorita?

ILSE.- Me llamo Ilse Hoffmann.

KENNERLEIN.- Ilse... Déjame que haga mi composición de lugar... ¿Cuál es tu parentesco con el general?

ILSE.- Soy nieta suya. Mi padre era Rudolf Hoffmann. Y mi madre Ana Stromberg.

KENNERLEIN.- ¡Ah, Rudolf!... ¿Están aquí?

ILSE.- A los dos los mató una bomba.

KENNERLEIN.- Tú no tuviste la culpa de eso, pequeña Ilse.

ILSE.- Quizá usted, sí. **(Y hace mutis, altivamente, por la escalera. Hay un segundo de silencio.)**

ERNEST.- Debo decirle una cosa, si me lo permite, mi coronel. Yo estaría enamorado de Ilse Hoffmann, aunque fuera contra las Ordenanzas, simplemente con que tuviera tres años más.

KENNERLEIN.- Pues en 1948 los tendrá ya, teniente Pahlen.

ERNEST.- **(Tras una pausa.)** ¿Desea usted arreglarse, mi coronel?

KENNERLEIN.- No es preciso. He venido, en avión hasta la ciudad. **(Transición.)** Le confesaré que me emociona un poco pisar esta casa. En otra, seguramente no muy distinta, construida sobre la misma tierra y que ardió en 1930, viviera el viejo Anatole Kennerlein no hace mucho menos de un siglo. Uno de sus hijos, se quedó en Steinburg. El otro, emigró a New Orleans: fue mi abuelo. Yo llevo en mis venas sangre alemana y no creo que mis peores cualidades provengan de ella. Así, pues, los Hoffmann y los Kennerlein somos familia. Una familia que se partió en dos, con un Atlántico por medio, al principio, y una guerra después..., la del 18, que los Kennerlein y los Hoffmann decidieron continuarla hasta 1937, bien poco antes, como usted ve, de encenderse la otra... Le ordené a usted que se incautara de Villa Agata, para preservar a sus dueños de mayores daños, si podía, aun rozando instrucciones muy precisas sobre la convivencia con alemanes... El caso es que ahora, en el instante de afrontar este encuentro..., no sé..., casi me siento arrepentido... Por eso desearía preguntarle: ¿en qué estado de espíritu se halla esta gente? ¿Qué grados marca el termómetro de su rencor? ¿Cómo el orgullo de los Hoffmann ha acusado la derrota?

ERNEST.- Si se ha de optar entre la vileza a secas o la excesiva altivez, yo prefiero esta última, mi coronel.

KENNERLEIN.- Esa es la tónica de Villa Agata, ¿verdad?

ERNEST.- Sí, mi coronel.

KENNERLEIN.- Es curioso... Hay algo dentro de mí que se felicita, como en secreto, de que así sea.

ERNEST.- La altivez de la señora Hoffmann raya en la insolencia; a veces tiene algo de demoníaco... La de su hija, Elisabeth, creo que es su nombre...

KENNERLEIN.- **(Lo repite para sí, pero sin subrayarlo.)** Elisabeth...

ERNEST.- ... me parece admirable. La de su nieta, Ilse..., me conmueve un poco, ya se lo confesé a usted.

KENNERLEIN.- Bien, amigo Pahlen. La casa puede albergarnos cómodamente a todos, ¿no es así?

ERNEST.- Cómodamente... no sé.

KENNERLEIN.- ¿Qué le preocupa a usted? ¿El espacio?

ERNEST.- No... **(Con ironía.)** El clima.

KENNERLEIN.- Lo pulsaremos, teniente. **(Señala a la escalera.)** ¿Es aquí...?

ERNEST.- Sí...

(KENNERLEIN va a llamar, pero vacila, no sabe de qué forma hacerlo.)

KENNERLEIN.- **(Se ríe de su propia timidez.)** Es gracioso... Busco las palabras igual que un orador... No sé cómo llamar. **(Se decide.)** ¡Tía Agata! **(Pausa. Más alto.)** ¡Tía Agata! **(A PAHLEN.)** Están, ¿no?

ERNEST.- **(Que comprende por qué no le contestan.)** Sí, sí...

KENNERLEIN.- Soy William Kennerlein, tía Agata. **(Solo el silencio le responde.)** ¡Tía Agata! **(De improviso, coléricamente. En un tono dramático y marcial, como si ordenara cuadrarse a un subordinado.)** ¡Señora Hoffmann!

AGATA.- **(Desde dentro, como un trallazo.)** ¡Diga, coronel Kennerlein!

KENNERLEIN.- ¡Preséntese en el acto ante la autoridad militar!

AGATA.- **(Seca.)** Un instante, coronel Kennerlein.

(KENNERLEIN se vuelve de espaldas a la escalera y avanza en derechura de ERNEST.)

KENNERLEIN.- Tenía usted razón: demoníaco.

(FREDERIK aparece por la escalera. Se ha cambiado de traje. Lleva ahora uno civil, sin corbata, con el cuello abierto. La manga vacía, metida en el bolsillo.)

FREDERIK.- Soy el mayor Kennerlein.

KENNERLEIN.- **(Casi imperceptible.)** Frederik...

FREDERIK.- Mi hermana, la señora Hoffmann, no suponía que era a ella a quien llamaban. Ha de disculpar su falta de imaginación. Baja en seguida.

(Se cuadra ante él, KENNERLEIN le responde, casi mecánicamente. FREDERIK inicia el mutis por el foro.)

ILSE.- **(Sale corriendo por la derecha. Suplicante.)** ¡No te vayas! ¡Quédate, tío Frederik!

FREDERIK.- Sería superior a mis fuerzas, niña. **(Y se va por la lateral derecha.)**

ILSE.- **(Llora.)** Frederik...

(Y retrocede hasta el arranque de la escalera. En lo alto de ella, ELISABETH, ha retocado su semblante y se ha adornado con algo, de visible manera. Un chaleco, un echarpe, un collar... algo en suma. ILSE busca refugio abrazada a su cintura. ELISABETH, suavemente la aleja de sí. ILSE hace mutis, escaleras arriba, entonces, KENNERLEIN y ELISABETH se miran. ERNEST hace mutis por la izquierda.)

ELISABETH.- **(Amargamente, pero con bondad.)** Por fin, los Kennerlein nos devolvieron la visita...

KENNERLEIN.- Elisabeth.... ¿Puedo llamarla Elisabeth?

ELISABETH.- ¿Y por qué no?...

KENNERLEIN.- Son burlas trágicas que nos gasta la vida... Ahora, hace un momento, yo recordaba a mi madre, de niño, escribiendo la dirección de esta casa: Steinburg. Schillerstrasse. Villa Agata... ¡Qué lejano, qué misterioso me parecía todo!... Y cuando llegaban las cartas de tus padres, a los veinte días de echadas al correo, cómo envidiaba al sobre que había hecho, justo, el mismo viaje con el yo soñaba.

ELISABETH.- Pues ya se ha realizado ese sueño.

KENNERLEIN.- Sí, pero de qué manera... ¡Nunca pude imaginarlo!

ELISABETH.- Lo creo...

KENNERLEIN.- **(Como si se refiriese a otra persona.)** Cuando Elisabeth Hoffmann nos visitó, fue un día de fiesta... La gran familia, olvidado el pasado, volvía a apretarse... Elisabeth Hoffmann, no sabe qué huella dejó entre nosotros y cuánto se le recordó.

ELISABETH.- También yo recordé todo aquello.

KENNERLEIN.- Por cierto, Elisabeth Hoffmann iba a casarse al otoño siguiente. Supimos que se aplazaba la boda... ¿Se celebró por fin?

ELISABETH.- No. Elisabeth se quedó soltera. **(Transición.)** Annabelle, ¿consiguió sanar?

KENNERLEIN.- Mi mujer murió en los últimos días del 43.

ELISABETH.- ¡Pobre Annabelle!... **(Busca un tema nuevo de conversación.)** Sultán, el viejo dogo, ¿sigue entrando con el periódico en la boca a la hora del desayuno?

KENNERLEIN.- Sí, pero el periódico solo ha traído noticias terribles desde entonces.

ELISABETH.- Y aquella ama negra, ¿canta todavía «Summer time»? **(«Samer taim».)**

KENNERLEIN.- Ahora se canta menos que antes en Estados Unidos.

ELISABETH.- Y el Ford antediluviano, con el que subíamos las escaleras, ¿marcha aún?

KENNERLEIN.- Es para el único que no pasan los años.

ELISABETH.- Las máquinas resisten más que los hombres.

KENNERLEIN.- Cierto, Elisabeth.

ELISABETH.- (**Nostálgica.**) The golden days... («**Di golden deis**».)

KENNERLEIN.- Sí, es verdad: los días de oro.

(AGATA, se presenta en lo alto de la escalera. ILSE, viene a su lado, como un tierno pajecillo.)

AGATA.- Coronel Kennerlein...

KENNERLEIN.- Señora Hoffmann: deseo proteger esta familia, que es la mía, y este hogar que creó Anatole Kennerlein. Deseo no ser, ante los Hoffmann de hoy, ni el invasor, ni el enemigo, ni el ocupante siquiera: el huésped nada más. Pido que esto se me haga posible sin desdoro ni de mi autoridad ni de mi deber. ¿Tengo derecho a solicitar concurso para esa tarea?

ELISABETH.- (**Irreprimiblemente.**) ¡Sí!

AGATA.- ¡Elisabeth! Quien gobierna el sí y el no de esta casa no eres tú, ni es Frederik siquiera, ni soy yo: ¡es el general Hoffmann!

KENNERLEIN.- Necesito decirles que el general...

AGATA.- (**Sobresaltada.**) ¿Qué le sucede?

ELISABETH.- ¿Le pasa algo?

KENNERLEIN.- Fue hecho prisionero y está actualmente encarcelado.

AGATA.- ¿Qué significa eso?

KENNERLEIN.- El general Hoffmann será procesado.

AGATA.- ¿Cómo? ¿Por qué?

KENNERLEIN.- Hay cargos graves contra él.

AGATA.- ¿De qué se le acusa?

KENNERLEIN.- De haber hecho fusilar a unos pilotos norteamericanos.

AGATA.- No entiendo.

KENNERLEIN.- Veinte pilotos que habían salvado su vida y que se encontraban en un campo de concentración fueron ejecutados. Era jefe de las fuerzas que cometieron ese acto incalificable, el general Hoffmann.

AGATA.- El general Hoffmann es un militar, no un asesino.

KENNERLEIN.- El Consejo de Guerra estudiará el caso y dictará sentencia.

AGATA.- ¿Cómo he de entender lo que me dice? El general Hoffmann, ¿deberá tener por jueces a sus enemigos?

KENNERLEIN.- Sus enemigos le sentenciarán con arreglo a Derecho.

AGATA.- Sé muy bien lo que eso significa. Elisabeth, tu padre será condenado a muerte.

ELISABETH.- ¡Calla, madre, te lo suplico, no me tortures!

AGATA.- Frederik nos ha dado una lección. Deberíamos imitar su ejemplo y salir de esta casa.

ELISABETH.- Madre, te lo suplico, serénate. Papá demostrará su

inocencia. Estoy segura.

AGATA.- No le servirá de nada. Le matarán.

ELISABETH.- ¡Madre!

AGATA.- **(Hace mutis escaleras arriba, alucinada.)** Le matarán. Me parece estar viéndole. **(Desde dentro ya.)** Le matarán, le matarán...

ELISABETH.- ¿Será posible?

KENNERLEIN.- Elisabeth: en Estados Unidos se ha formado una corriente de opinión que califica muy duramente ese episodio.

ELISABETH.- Pero la culpa no es de mi padre.

KENNERLEIN.- ¡Ojalá consiga demostrarlo!

ELISABETH.- **(Anonadada.)** ¡Es terrible!

KENNERLEIN.- Elisabeth... No se deje abatir antes de tiempo. Es una época espantosa. Pero pasará.

ELISABETH.- La paz peor aún que la guerra.

KENNERLEIN.- Cállese, Elisabeth... En el mundo no es todo así. Antes, cuando hablábamos de su viaje a Nueva Orleans, olvidó preguntarme por aquel criptomero de dos siglos, al que llamábamos Tom, y que parecía un fantasma a la luz de la luna...

ELISABETH.- ¿Lo talaron ya?

KENNERLEIN.- No, sigue en pie, Elisabeth, ¡igual que aquella noche!...

ELISABETH.- ¡Oh, William!... **(Y se abraza a él apasionadamente.)**

(ILSE aparece en lo alto de la escalera y les ve, sin ser vista. Su rostro se nubla, patéticamente. Y mientras, en aquel fugitivo segundo, muchas cosas se le rompen dentro del alma, se sienta en uno de los escalones, apoya la cabeza entre las manos y llora, sin sollozos, las primeras lágrimas amargas de su vida de mujer. Lentamente cae el...)

TELÓN

Acto II

△▽

La misma escena del acto anterior. Enero de 1947. Es una tarde de invierno. Fuera, nieva copiosamente.

Al levantarse el telón, HELEN, sentada en una butaca, en actitud de leer un libro cualquiera. El coronel KENNERLEIN aparece por la puerta izquierda. Lleva una trinchera sobre el uniforme. Usa la misma varita del principio de la obra. Al ver entrar al coronel KENNERLEIN, HELEN cierra su libro, el coronel KENNERLEIN llega seguido de ERNEST.

KENNERLEIN.- El número de teléfono que le he dejado, ¿cuál es?

ERNEST.- El 23485.

KENNERLEIN.- ¡Ah, muy bien! Creí que me había confundido. Ya sabe, es para que pregunte usted por mí, si llegaran noticias y yo no hubiera vuelto todavía; pero imagino que no necesitará usted utilizarlo.

ERNEST.- Supongo que no.

KENNERLEIN.- ¿Qué hora exacta tiene usted?

ERNEST.- Son las cinco menos diez minutos.

KENNERLEIN.- Tres para ir al hotel, otros tres para dejar la tarjeta al muy ilustre senador que nos honra con su visita y excusarnos por el mal tiempo con que le recibimos, y otros tres para volver. Nueve en conjunto... Quien se retrasa es el comandante Friedman. Ya debiera estar, con su coche, aquí.

ERNEST.- Hay bastante nieve por la carretera y Villa Agata no es demasiado fácil de encontrar.

KENNERLEIN.- Eso es cierto. **(Transición.)** Las cinco menos diez, dijo usted... Entonces, la señora Hoffmann y su hija tampoco tardarán en volver.

ERNEST.- Algo más que usted, sí. La cárcel queda lejos y un coche de caballos no es lo mismo que un automóvil.

KENNERLEIN.- **(Con reserva.)** He de hablar indispensablemente a Frederik Kennerlein. ¿Sigue con Ilse arriba?

ERNEST.- Sí.

KENNERLEIN.- Pues no le permita, por ningún concepto, que se marche antes de que yo regrese.

ERNEST.- Descuide, mi coronel.

KENNERLEIN.- Señora Stortz: ¿qué sucedió con el periodista de esta mañana? Tengo entendido que discutieron ustedes.

HELEN.- Sí. Me hizo varias preguntas impertinentes y yo...

KENNERLEIN.- Y usted se negó, como es lógico, a responderle.

HELEN.- En esencia, así fue.

KENNERLEIN.- Muy bien, señora Stortz.

HELEN.- Creí que poner obstáculos a una publicidad... cuando menos irrespetuosa, era natural de mi parte.

KENNERLEIN.- Le doy a usted toda la razón.

HELEN.- **(Sombríamente, pero sin perder su sonrisa.)** Mañana..., el general Hoffmann, ya habrá pasado de actualidad.

ERNEST.- **(Que parece escuchar cercano al ventanal.)** Mi coronel, ahí llega el comandante Friedman.

KENNERLEIN.- ¡Ah, perfecto! Buenas tardes, señora Stortz.

HELEN.- Buenas tardes, coronel Kennerlein.

KENNERLEIN.- Hasta ahora. Y, repito: avíseme si hiciera falta.

ERNEST.- No se preocupe.

(KENNERLEIN se va por la puerta de la calle. Con él, en el mismo umbral, ha debido cruzarse MARGARET. Se ha echado un abrigo al

hombro, de una manera un poco descuidada, para venir de su casa a la de los Hoffmann. Trae una especie de manteleta con que protegerse el pelo. Da muestras de frío.)

MARGARET.- ¡Qué barbaridad! Lo que está cayendo.

HELEN.- (Severa.) ¿Qué haces aquí, Margaret?

(ERNEST se fue por la izquierda.)

MARGARET.- Mujer, lo que tú...

HELEN.- No, Margaret; lo que yo, no. Yo he venido a esperar la vuelta de Elisabeth y de su madre, que han ido a despedirse del general Hoffmann. Tú, traes otras miras. Y debo decirte, por tu bien, que me parece que pierdes el tiempo.

MARGARET.- Querida cuñada: eso no es cuenta tuya.

HELEN.- De sobra sé lo de Frederik. Eso, sí: buen error el tuyo si te imaginas que fuiste para él algo más que la mujer de unas noches.

MARGARET.- ¿Lees ahora el pasado, Helen?

HELEN.- Tu pasado y, aun más, tu porvenir, con demasiada claridad, Margaret.

MARGARET.- ¡Cuidado con lo que dices!

HELEN.- No sé por qué te haces la ofendida.

MARGARET.- Es que yo, sí, te adivino el pensamiento.

HELEN.- ¡Qué habilidad tan inútil! ¿Por qué no adivinas el de Frederik, entonces? ¿O te da miedo?

MARGARET.- ¡Bah!

HELEN.- Fuiste su diversión, de vuelta del frente. Te tomó y te dejó como a una cualquiera. Y tú andas rondándole, sin resignarte a ser despedida. Pero él y todos, saben que has puesto buenos ojos al teniente y al coronel Kennerlein.

MARGARET.- ¡Historias!

HELEN.- Y que basta que olfatees hombre nuevo para que vengas aquí a mirarle la cara, y que no hay, en seis kilómetros a la redonda, quien no guiñe el ojo cuando habla de ti.

MARGARET.- ¡Vas a callarte!

(HELEN, ni pestañea. Ha cerrado su libro sobre el brazo de su butaca.)

HELEN.- Por lo que se refiere a tus posibles clientes de Villa Agata, sábelo de una vez: el coronel Kennerlein ama a Elisabeth; el teniente Pahlen ama a Ilse y Frederik Kennerlein, no ama a nadie. Tienes un derecho de opción sobre el capitán castrense, y otro, eventual, sobre el resto del Ejército norteamericano y de la población civil de Steinburg; pero, justo, en esta habitación, pierdes lamentablemente tu vida. ¿Está claro?

MARGARET.- Los tres que has nombrado, me importan un bledo.

HELEN.- Y es una falta de respeto que, precisamente hoy, te presentes en casa de la señora Hoffmann, que te detesta.

MARGARET.- Venía a interesarme por el general.

HELEN.- Ya sabes que le ahorcarán de madrugada. No ensucies su nombre.

MARGARET.- Tú y yo, hablaremos, más tarde, de muchas cosas. **(Y se va por la derecha.)**

(HELEN reflexiona un instante. Después retorna, con el ceño fruncido, a su lectura.)

ERNEST.- **(Desde dentro.)** Le felicito, señora Stortz.

(HELEN vuelve, sorprendida, la cabeza hacia la izquierda, de donde viene la voz. Duda si contestar, pero renuncia a hacerlo. Sonríe, a pesar de todo, y continúa su lectura. FREDERIK desciende por la escalera. Viste como en el primer acto, solo que con corbata. Trae la mano sobre el hombro de ILSE.)

HELEN.- ¿Cómo va, Ilse? **(Se aproxima a ella y le besa.)**

ILSE.- Bien, señora Stortz.

HELEN.- Te he traído unos estudios para tu violín. Supongo que alguno te interesará. **(Le entrega unos cuadernos de música.)**

ILSE.- Muchas gracias. Hace meses que no toco y pasará bastante tiempo sin que vuelva a tocar, señora Stortz. **(Los toma de las manos de HELEN y los examina sumariamente.)**

HELEN.- Ya tocarás, Ilse.

ILSE.- Pero se lo agradezco lo mismo. ¡Ah! Y el tercer tomo de *Los hermanos Bergmann*. ¿Se acordó usted de él?

HELEN.- ¡Ya lo creo! Y lo he buscado por todas partes, pero no sé dónde anda.

ILSE.- Bueno, no se preocupe.

HELEN.- Lo que sí puedo, es contarte su argumento... ¿Te basta?

ILSE.- **(Se sonríe con dulzura.)** ¿Qué sé yo, Helen!

HELEN.- ¡Ah, Ilse!, ¿sabes que hoy estaba lleno de patinadores el río que cruza el parque?

ILSE.- ¿Sí?

HELEN.- **(A FREDERIK.)** Es curioso: ¿hasta cuándo seguiremos llamándole el parque; dicho sea de paso? La inercia de otros tiempos... Porque la guerra lo devoró a conciencia. Solo el sortilegio del nombre lo defiende. Los tilos ardieron, el estanque es un ojo vacío, los bancos sirvieron para leña... Lo gracioso es que este verano ya tuvo paseantes..., como si fuera el parque de nuestra infancia.

FREDERIK.- La inercia. Usted lo ha dicho, Helen.

HELEN.- Con el Palace, sucede algo parecido. Está casi deshecho y, sin embargo, vale más una noche en él, porque era un hotel de lujo, que no una semana en el Terminus, intacto, pero de tercer orden. ¿Lo entiende usted, Frederik?

FREDERIK.- Malamente, Helen.

(ILSE, hace mutis por la escalera. FREDERIK, contempla a HELEN con una expresión afectuosa.)

HELEN.- ¿Por qué me mira así, Frederik?

FREDERIK.- Recordaré siempre los mil temas distintos que ha buscado usted para alejar de mi imaginación pensamientos sombríos en la tarde de hoy. Le estimo, de verdad, su delicadeza.

HELEN.- No vale la pena.

FREDERIK.- Lo que sucede, sin embargo, es lo suficientemente angustioso como para que resulte difícil conseguirlo.

HELEN.- No me sorprende, amigo mío. Y puesto que el hablar de ello es inevitable, ¿quiere decirme cuáles son sus proyectos?

FREDERIK.- Pasar la noche en Villa Agata y marcharme a la ciudad mañana, a mi rincón de siempre.

HELEN.- ¿La señora Hoffmann y Elisabeth...?

FREDERIK.- No tardarán en volver.

HELEN.- Están con él, ¿no?

FREDERIK.- Sí.

HELEN.- ¿A usted no le permitieron...?

FREDERIK.- Hoy, no. Tampoco insistí. Pienso que mi deber consiste en darle ánimos en vez de quitárselos y la mañana que le vi, pasó mal rato. El general, siempre sintió por mí una ternura casi paternal.

HELEN.- Le llevaba muchos años, ¿verdad?

FREDERIK.- Me lleva... **(Subraya con estas dos palabras, casi imperceptiblemente, el lapsus de ella.)** cerca de quince.

HELEN.- **(Se disculpa.)** Perdóneme.

(ERNEST, aparece por la izquierda.)

ERNEST.- Señor Kennerlein, discúlpeme si le interrumpo: el coronel necesita hablarle.

FREDERIK.- Muy bien.

ERNEST.- Teme que usted desee marcharse antes de su regreso y me ha encomendado que obtenga de usted la seguridad de que le esperará.

FREDERIK.- **(Resignado.)** Sea.

(En la lateral izquierda, suenan las campanas de las cinco en un reloj de pared.)

ERNEST.- Confío en su palabra.

FREDERIK.- Puede hacerlo, se lo aseguro.

ERNEST.- Eso era todo.

FREDERIK.- ¿Me disculpa si, a título de retribución, solicito de usted un pequeño servicio?

ERNEST.- Dígame.

FREDERIK.- ¿Le importaría parar el reloj del comedor?

ERNEST.- En el acto.

FREDERIK.- No, no; en el acto, no. Hoy por la noche... Bueno, y si pararlo es demasiado pedir, hacer girar una pequeña aguja que tiene en la parte de arriba de la esfera: con eso, ya no dará las campanadas.

ERNEST.- Cuento usted con ello.

FREDERIK.- **(Señorialmente.)** Mañana por la mañana, teniente Pahlen, puede, de nuevo, ponerlo en marcha.

(ERNEST, hace mutis por la izquierda.)

HELEN.- A propósito, Frederik, el somnífero que me pidió para la señora Hoffmann. **(Se lo da.)**

FREDERIK.- ¡Ah, sí! ¿Qué calcula usted que será necesario?

HELEN.- Una pastilla bastará, supongo yo. Pero, por si acaso, duplique usted la dosis.

FREDERIK.- Lo que no sé es cómo administrárselo sin que ella se dé cuenta.

HELEN.- ¿No tomará una sopa la señora Hoffmann?

FREDERIK.- Yo temo que hoy no tome nada.

HELEN.- Disuélvalo en una taza de té o de manzanilla.

FREDERIK.- Sí, sí; será lo mejor.

HELEN.- Y haga lo mismo con Elisabeth.

FREDERIK.- Muchas gracias, Helen.

(Por el foro, ALICIA ALMOND. Es una muchacha preciosa. Viste el uniforme de las Fuerzas femeninas auxiliares.)

ALICIA.- ¿El coronel Kennerlein?

FREDERIK.- Pregunte en la habitación de al lado.

(ALICIA titubea un segundo y hace mutis por la izquierda.)

(Con un reflejo un poco retardado.) ¡Calle!... ¿Dónde he visto yo a esta muchacha? ¡Ya sé! Juraría que trabaja en las oficinas del Consejo de Guerra.

HELEN.- ¿Y qué le traerá aquí?

FREDERIK.- Lo ignoro.

(ERNEST, por la izquierda. Se dirige al teléfono. Marca en él un número, mientras FREDERIK y HELEN, en silencio, le examinan.)

ERNEST.- ¿Es el 23485?... ¿El coronel William Kennerlein?... ¡Ah, muy bien! Muchas gracias. Adiós. **(Y cuelga. Habla, al tiempo de hacer mutis por la izquierda.)** Dicen que en este momento llega al hotel. Tardará muy poco.

FREDERIK.- **(A HELEN.)** Le propongo que subamos, Helen. Mi intención era esperar aquí la llegada de Agata y de Elisabeth. Pero ya veremos desde arriba.

(Y se disponen a marcharse. Ya en la escalera, se cruzan con ILSE.)

ILSE.- **(A HELEN.)** ¿Por qué me dijo usted que no me había traído el tercer tomo de *Los hermanos Bergmann*? **(Lo lleva en la mano.)**

HELEN.- Porque es verdad que no te lo traje.

ILSE.- ¡Qué simpática es usted, Helen! Me ha querido dar la sorpresa. Se lo agradezco mucho. Los otros dos, me habían abierto la curiosidad.

HELEN.- Allá tú, si te empeñas en hacer de mí tu hada buena.

ILSE.- ¿De verdad no fue usted?

HELEN.- **(Sonriendo.)** No, niña, no...

(Y se marchan por la escalera. ILSE se queda pensativa un instante. Después se acerca a la puerta izquierda.)

ILSE.- ¡Teniente Pahlen!

ERNEST.- **(Desde dentro.)** Sí...

ILSE.- ¿Tiene usted la bondad de venir un segundo?

ERNEST.- **(Aparece en el umbral.)** ¿Qué me quiere, señorita Ilse?
(Le habla en un tono tierno y un poco burlón al mismo tiempo.)

ILSE.- ¿Es usted quien ha traído este libro?

ERNEST.- ¿Puedo saber qué libro es?

ILSE.- El tercer tomo de *Los hermanos Bergmann*.

ERNEST.- En efecto, señorita Ilse, he sido yo.

ILSE.- Usted me había oído pedirselo a la señora Stortz, ¿no es cierto?

ERNEST.- ¡Quién sabe!

ILSE.- No necesito para nada los libros de usted. ¿Me entiende? Y no sé cómo se ha atrevido a traerme este.

ERNEST.- Discúlpeme, señorita. Supuse que le agradaría leerlo.

ILSE.- Sí, si me lo traía Helen, y no, si me lo traía usted.

ERNEST.- Está bien, señorita. No se enfade.

ILSE.- No me enfado. Tómelo. **(Y se lo devuelve.)**

(ERNEST hace mutis por la izquierda. ILSE, por la escalera. La escena queda vacía tres segundos de reloj. ILSE deshace su mutis y se aproxima de nuevo a la izquierda.)

¡Teniente Pahlen! **(Su tono de voz es ahora más suave.)**

ERNEST.- Dígame.

ILSE.- Sé que no lo ha hecho usted con mala intención...

ERNEST.- No, no; seguro que no.

ILSE.- Bueno..., pues... nada más. **(Y se marcha. ERNEST, a su vez.)**

(ERNEST regresa en seguida, con el libro en la mano, y sube unos escalones.)

ERNEST.- Señorita Ilse...

(ILSE resurge.)

Acéptemelo, se lo ruego.

ILSE.- Bien. **(Y se va de nuevo.)**

(KENNERLEIN surge por la lateral derecha. ERNEST se le aproxima.)

KENNERLEIN.- Creo haber sido bastante rápido. ¿Miss Almond no

llegó todavía?

ERNEST.- Sí, sí...

KENNERLEIN.- ¡Caramba, qué puntualidad!

ALICIA.- **(Por la izquierda.)** A sus órdenes, mi coronel.

KENNERLEIN.- ¿Qué hay? Poco habrá esperado, supongo.

ALICIA.- Nada.

KENNERLEIN.- Siéntese; es una tarde horrible de frío. No estoy muy habituado yo a estos rigores. Nueva Orleans es muy distinto.

ALICIA.- Yo soy de California, de Pasadena, ciudad que no conoce la nieve. Imagínese el cambio.

KENNERLEIN.- Bien. Hablemos del asunto Hoffmann, para mí más horrible aún que la tarde.

(ERNEST hace ademán de marcharse.)

Quédese, teniente Pahlen. No es nada secreto y puedo necesitarle. ¿Transmitió usted mi recado a Frederik Kennerlein?

ERNEST.- Sí, mi coronel.

KENNERLEIN.- No se fue, ¿verdad?

ERNEST.- No, está en la casa.

KENNERLEIN.- Bien, le escucho.

ALICIA.- El capitán Marling hizo las gestiones, conforme se había convenido, en su calidad de abogado defensor. Naturalmente, se ha accedido a lo solicitado por la familia.

KENNERLEIN.- Perfecto.

ALICIA.- Será preciso, como es lógico, acreditar la personalidad de los interesados.

KENNERLEIN.- Claro, claro.

ALICIA.- Este volante habrá de acompañar a la documentación que presenten.

(Le entrega un volante que KENNERLEIN lee.)

KENNERLEIN.- De acuerdo.

ALICIA.- La entrada será por la puerta número seis.

KENNERLEIN.- ¿La hora?

ALICIA.- Solo con la mayor reserva puedo comunicársela.

KENNERLEIN.- No se preocupe.

ALICIA.- Las cinco de la madrugada.

KENNERLEIN.- Entendido. El capitán Marling, ¿sabe usted dónde andará hoy?

ALICIA.- No lo sé con exactitud. Salió del Tribunal conmigo. Iba a hacer unas diligencias. He de confesarle a usted que está nervioso y preocupado. El caso del general Hoffmann no es un caso vulgar, se lo aseguro. Y al capitán Marling le ha quitado el sueño.

KENNERLEIN.- ¿Solo a él, miss Almond?

ALICIA.- De todas formas, dentro de dos horas le encontrará usted en el PX. **(Sigla de Post Exchange, que deberá pronunciarse «piex».)** Comerá allí.

KENNERLEIN.- Muy agradecido a todo.

ALICIA.- ¿Desea algo más?

KENNERLEIN.- No. Hasta siempre.

ALICIA.- A sus órdenes.

(El teniente PAHLEN le acompaña hasta la puerta.)

Ernest, ¿irás al baile de los pontoneros el sábado?

ERNEST.- No lo sé todavía.

ALICIA.- Anda, ánimo.

ERNEST.- Ya veré.

ALICIA.- Te aguardo allí. **(Mutis.)**

(KENNERLEIN vuelve a leer el volante, ensimismado en sus pensamientos.)

KENNERLEIN.- **(A ERNEST, cuando regresa.)** Teniente: haga el favor de decir a Frederik Kennerlein que le espero.

ERNEST.- A la orden, mi coronel.

(KENNERLEIN, de pie, le aguarda, cercano a la puerta de la izquierda.)

Señor Kennerlein, el coronel Kennerlein le espera.

FREDERIK.- **(Desde dentro.)** Ahora bajo.

KENNERLEIN.- Usted asistirá a la entrevista, teniente Pahlen.

ERNEST.- Como disponga.

FREDERIK.- **(Por la derecha. Con un aire de fría indiferencia.)** Dígame, coronel Kennerlein.

KENNERLEIN.- Es esta la primera vez que nos hablamos desde que, hace más de un año, llegué a Steinburg. Si un solo momento pudo existir alguna duda sobre mi buena voluntad para todos los de esta casa, sin distinciones, creo que ahora ya no es lícito suponerlo así.

FREDERIK.- Nunca he dudado de esa buena voluntad.

KENNERLEIN.- El comandante Frederik Kennerlein no se avino a vivir conmigo y decidió marcharse de Villa Agata. Me pareció un gesto digno el suyo. En alguna ocasión nos hemos visto en la ciudad y ha vuelto la cara, para no saludarme. Sigue pareciéndome comprensible. Pero yo creo haber hecho cuanto estaba en mi mano para que se me perdonara el pertenecer al ejército que había ganado la guerra, y noto que Frederik Kennerlein se empeña en tratarme todavía como miembro de ese ejército. No tengo motivo de orgullo que supere al de ser militar norteamericano, pero aquí en este suelo que piso, preferiría oírme llamar William a secas.

FREDERIK.- No. Hoy por lo menos, coronel Kennerlein. Quizá

dentro de algún tiempo, William otra vez. Cuando hayamos olvidado, si es que podemos olvidar.

KENNERLEIN.- Sea.

FREDERIK.- Nos empeñamos, un poco puerilmente, en suponer... que solo son símbolos los que han luchado. Estados Unidos de una parte y de otra Alemania; la democracia y el nazismo. Eso es verdad, hasta cierto punto. Pero, claro, si nos damos cuenta de que los símbolos por sí solos no son nada y de que necesitan encarnar en seres de carne y hueso para que combatan por ellos, resultará que, al fin y a la postre, son americanos y alemanes los que han peleado; en suma, los Kennerlein de una orilla y los de la contraria.

KENNERLEIN.- ¿Crees que este es momento para hablar de esa forma, Frederik?

FREDERIK.- Tal vez es el mejor. Porque, antes de mañana, un Kennerlein habrá hecho matar a otro Kennerlein.

KENNERLEIN.- ¡No te tolero ese lenguaje! **(Se enfrenta con violencia.)**

ERNEST.- **(Les separa.)** Frederik Kennerlein, ¡modere sus nervios!

KENNERLEIN.- Yo no tengo la culpa de que el general Hoffmann haya cometido un acto contra el derecho de gentes.

FREDERIK.- ¿Sabes cuál es el verdadero delito del general Hoffmann? El de haber sido derrotado. ¿Y sabéis por qué sois vosotros los que le juzgáis? Porque habéis sido los vencedores. Pero no porque os asista el Derecho. Desde que el mundo es mundo, los culpables de guerra han figurado siempre en las filas de los vencidos. Mala cosa es perder una guerra, coronel Kennerlein. ¿Has visto muchas casas en pie por Alemania? Si nosotros hubiéramos triunfado, tú estarías en el banquillo del general Hoffmann, respondiendo de sus ruinas.

KENNERLEIN.- Esas ruinas de que hablas, a mí y a todo hombre bien nacido nos mueven a piedad cuando nos olvidamos de que antes de que Berlín y Fráncfort y Maguncia fueran destruidas, lo fue Varsovia. Las ruinas de Varsovia son las primeras, y las causasteis vosotros, y estas, consecuencia de aquellas únicamente. Nada en el mundo, comandante Kennerlein, podrá hacernos perder la memoria hasta ese punto.

FREDERIK.- Pues bien: ya habéis ejecutado, en Nuremberg, a los que desencadenaron la guerra. ¿No es suficiente? Los honorables senadores de Washington, ¿desean más sangre todavía?

KENNERLEIN.- Justicia es lo único que quieren. La piden millones y millones de seres que perdieron a sus hijos o a sus maridos o a sus padres. Ejecutamos, para escarmiento del mundo, a los que provocaron esta catástrofe inmensa, a los verdugos de los campos de concentración y a los asesinos de los prisioneros indefensos.

FREDERIK.- Ejecutáis a generales por haber obedecido a los ministros. Ejecutaréis también a los soldados por haber obedecido a sus generales. ¿Quién os lo impide? Yo, lo que os pregunto, es cuándo un militar puede discutir las órdenes que recibe. ¿En qué ejército sería

posible esa libertad? En la grandeza del alma militar, corresponde a la obediencia la mayor parte.

KENNERLEIN.- La obediencia tiene un límite, y la rebelión puede ser tan sagrada como la obediencia.

FREDERIK.- La rebelión, sí; pero con conocimiento de causa. A ciegas, no. Un general no es toda la guerra, ni menos toda la política de un pueblo. Cuando el general Hoffmann recibió la orden, no iba a preguntar la razón de ella a sus superiores. La idea de que se trataba de una represalia pasó, tal vez, por su imaginación. En todo caso, se limitó a cumplir, automáticamente, lo que se le mandaba.

KENNERLEIN.- Nuestros soldados no son autómatas como los vuestros.

FREDERIK.- Solo hay una manera de ser soldados: tanto en el mundo de las democracias como en el de las dictaduras.

KENNERLEIN.- Ese es vuestro error. La diferencia se nota en todo. El hombre libre anda, respira, habla y, naturalmente, lucha de distinta manera que el que no lo es. A la larga, y en igualdad de condiciones, vencerá siempre a los autómatas y, lo que es más elocuente, a los fanáticos.

FREDERIK.- Coronel Kennerlein: en el día en que sus compañeros de armas van a ahorcar al general Hoffmann, ¿se me ha mandado llamar para que discutamos académicamente ese problema?

KENNERLEIN.- No por cierto, aunque así lo parezca. Necesitaba entregarte esto. **(Le da el volante que recibiera de miss ALMOND.)**

FREDERIK.- **(Después de examinarlo sumariamente.)** Deduzco de su lectura que renunciáis a incinerar de oficio el cadáver del general Hoffmann y que, en lugar de dispersar sus cenizas desde un cuatrimotor, lo entregáis a su familia, ¿no es así?

KENNERLEIN.- ¡Frederik! ¡No te consiento la menor ironía!

(ERNEST ha de dominarse.)

FREDERIK.- Perfectamente: muy agradecido, Kennerlein.

KENNERLEIN.- Es cuanto quería comunicarte de un modo oficial. Hay otras cosas, de índole privada, que deseo que me oigas. Puede retirarse, teniente Pahlen.

ERNEST.- **(Taconazo.)** A la orden, coronel Kennerlein. **(Se va por la izquierda.)**

KENNERLEIN.- Yo tengo, en conciencia, la persuasión de que el general no dio la orden por la que se le juzga.

FREDERIK.- Tal pienso, yo; pero, ¿qué te lleva a suponerlo así?

KENNERLEIN.- El general Hoffmann ha renunciado a defenderse ante el Consejo de Guerra. Yo sé bien por qué. El general cree que este es, no un proceso personal contra él, sino contra el Ejército alemán, y que es inútil alegar nada en su descargo.

FREDERIK.- Acaso acierta.

KENNERLEIN.- Muy al contrario, se equivoca de medio a medio. La demostración de que la orden no había pasado de sus manos y de que

había sido cursada del Alto Mando al comandante que la ejecutó le hubiera salvado. La demostración de que se había negado a darle curso, también; pero, en cualquiera de los dos casos, habrá hecho patente, a los ojos de sus enemigos, que era, o un general por encima de cuya autoridad pasaban los demás, o que desacataba a sus superiores; en suma, un general que faltaba a su deber. A ninguna de esas dos soluciones se avenía Hoffmann. La raíz de su silencio tiene, a mi entender, esa causa.

FREDERIK.- ¿Por qué no lo apreció así el Consejo de Guerra?

KENNERLEIN.- El Consejo de Guerra ha buscado al responsable del crimen cometido. En teoría, la responsabilidad del general Hoffmann es indiscutible.

FREDERIK.- ¿Basta eso para condenar a muerte a un hombre?

KENNERLEIN.- No es mi cometido discutir la sentencia dictada. Deseaba que supieras, sin embargo, que he trabajado incansablemente por descubrir la verdad, y segundo, que la madrugada de hoy será para mí especialmente amarga.

FREDERIK.- No lo dudo.

KENNERLEIN.- Algo más todavía: aunque los horrores que os llevaron al caos disculpen todas nuestras reacciones, déjame que te declare que no es en Norteamérica donde han encontrado ni su germinación ni su clima más favorable estos procesos de posguerra. Mi país está acostumbrado a otra suerte de victorias. Yo, personalmente, entiendo que no existe para el vencedor momento de mayor grandeza que aquel en que tiende su mano al vencido, y creo, igualmente, que en el modo de ganar y en el de perder sus guerras se conocen los pueblos grandes de la Historia.

FREDERIK.- Es noble oírte hablar de esa manera, William.

KENNERLEIN.- Si os he ayudado en cuanto estaba a mi alcance, a lo largo de los muchos meses pasados, es porque mi conciencia me lo dictaba así, por lealtad a una ley de sangre común y porque amo a Elisabeth Hoffmann con todo mi corazón y deseo que sea mi mujer.

(ILSE baja precipitadamente las escaleras, seguida de HELEN.)

ILSE.- ¡Ya vienen, Frederik! **(ILSE hace mutis por la derecha.)**

(HELEN aguarda al pie de la escalera. ERNEST PAHLEN llega por la izquierda. Por la derecha aparecen AGATA y ELISABETH.

KENNERLEIN y PAHLEN les saludan con un taconazo. AGATA, ni pestañea siquiera. ELISABETH responde con un casi imperceptible gesto de cortesía. A AGATA se le cae al suelo un pequeño monedero. Todos hacen ademán de recogerlo. Es ELISABETH quien lo recoge.

Después, se van por la escalera. ILSE se les une. FREDERIK da un taconazo y se marcha con ellas. Ahora aparece, en ademán de quitarse los guantes, el PÁTER DANIEL O'CONNOR. Viste uniforme, análogo al de los demás, pero con dos cruces en las solapas. KENNERLEIN se sienta, fatigado a ojos vista. Sin palabras, les brinda asiento al PÁTER y a ERNEST. Al cabo de un segundo, saca un paquete de cigarrillos.)

KENNERLEIN.- En su Orden, ¿está permitido fumar, Páter? Porque

tengo entendido que usted pertenece a una Orden, ¿no es así?

DANIEL.- En efecto, soy Padre dominico.

KENNERLEIN.- ¿Y el tabaco?

DANIEL.- Mi Orden es anterior al tabaco, y no puede haber, por tanto, ningún precepto fundacional que nos lo prohíba.

KENNERLEIN.- ¿Un cigarrillo, entonces?

DANIEL.- Hoy no, coronel Kennerlein.

KENNERLEIN.- Como guste.

(ERNEST sí se lo acepta.)

DANIEL.- Hay días en los que hasta de respirar parece remorderme la conciencia. Imagínese de fumarse un cigarrillo, que es divertirse al respirar.

KENNERLEIN.- La verdad sea dicha, nuestro oficio es menos penoso que el suyo.

DANIEL.- El mío no es oficio, es ministerio.

KENNERLEIN.- Discúlpeme, Páter, si no acierto con las palabras. Le decía que...

DANIEL.- Si le he entendido... Y tiene razón. Por otra parte, la guerra, no es un estado permanente. El dolor, sí. Y el dolor, amigo mío, es el campo de operaciones del religioso.

KENNERLEIN.- Escúcheme, Páter, ¿estuvo todo el tiempo con la señora y la señorita Hoffmann?

DANIEL.- Sí; no ha sido agradable el trago, se lo aseguro. Esto aparte, el general ha demostrado un temple maravilloso.

KENNERLEIN.- Es un hombre de cuerpo entero.

DANIEL.- En lo que concierne a su esposa, jamás he visto una entereza igual. Tiene algo de espartano. El espíritu militar, tan metido lo lleva ella en el alma como él. La hija, pobre, es diferente. Apenas si ha atinado a pronunciar unas palabras.

ERNEST.- **(A KENNERLEIN, en voz baja.)** Parece como si quisiera algo coronel Kennerlein...

(En efecto, ELISABETH acaba de aparecer en lo alto de la escalera, y hace ademán de hablarle. El coronel KENNERLEIN tira su cigarrillo y se acerca a ella, que desciende unos escalones.)

KENNERLEIN.- Dime, Elisabeth.

ELISABETH.- **(Vacilante.)** William... **(Le mira intensamente.)** Es tan horrible lo que me pasa...

KENNERLEIN.- Ánimo, Elisabeth. Es menester vencerse. La tía Agata da el ejemplo.

ELISABETH.- No creas que no hago lo posible por sacar fuerzas de flaqueza, pero es que no puedo más..., créeme.

KENNERLEIN.- Lo comprendo, Elisabeth.

ELISABETH.- El capitán Marling nos dijo que continuaba sus gestiones y que... quedaba todavía una probabilidad de que...

KENNERLEIN.- Sí, ya sé...

ELISABETH.- Esa probabilidad..., ¿no existe ya?

KENNERLEIN.- Elisabeth...

ELISABETH.- Te pido que me hables sinceramente, William. Me encuentro dispuesta a todo.

KENNERLEIN.- Yo no puedo mentirte. Sería demasiado cruel.

ELISABETH.- Denegaron el indulto, ¿verdad?

KENNERLEIN.- Sí.

ELISABETH.- ¿Lo han dicho por escrito..., de alguna manera? Yo no entiendo nada de eso, William.

KENNERLEIN.- Bueno..., han confirmado la sentencia: eso lleva implícita la denegación del indulto. ¿Comprendes?

ELISABETH.- Claro, claro.

KENNERLEIN.- La tía Agata, ¿está enterada de las gestiones del capitán Marling?

ELISABETH.- El capitán Marling prefirió ocultárselas. Tenía muy poca fe en su éxito y quiso evitarle que se hiciera ilusiones. Yo misma lo supe contra su voluntad.

KENNERLEIN.- Por desgracia, acertó.

ELISABETH.- Así fue. **(Transición.)** Traigo el encargo de dar las gracias a dos personas. Una a él, otra a ti...

KENNERLEIN.- Yo no las merezco.

ELISABETH.- Mi padre piensa de otro modo. «A mi leal adversario, el coronel Kennerlein, agrádecele cuanto ha hecho por mí»... **(Le mira a los ojos, e incontinentemente rompe a llorar contra su hombro. Son unos sollozos sofocados y amargos.)**

KENNERLEIN.- Elisabeth, vamos. Te has mantenido fuerte, hasta ahora. No te dejes abatir. Piensa que el general se sentirá orgulloso de vuestra entereza.

ELISABETH.- **(Con una mayor serenidad.)** Perdóname. Por un momento, no he sido dueña de mí... Tal vez necesitaba esta crisis para cobrar nuevas fuerzas... Te prometo que no se repetirá.

KENNERLEIN.- Estoy seguro, Elisabeth.

ELISABETH.- Yo también te doy las gracias por todo, William.

KENNERLEIN.- Calla, calla... Sube al lado de tu madre. Acompáñala... Y no olvides que cuantos estamos en Villa Agata pasaremos unas horas dolorosas...

ELISABETH.- Lo sé, William.

KENNERLEIN.- Cuando se desvanezca un poco este sueño espantoso, un nuevo día, Elisabeth, llegará a tu vida...

ELISABETH.- ¡Ojalá no te equivoques, William!... **(Le da la mano, que WILLIAM le besa con respeto y amor, y hace mutis.)**

(WILLIAM vuelve a reunirse con el PÁTER y con ERNEST, que han permanecido ajenos a su diálogo. Hay una pausa. KENNERLEIN saca unos cigarrillos y, maquinalmente, le ofrece uno al PÁTER. A

ERNEST **no, porque este fuma.**)

KENNERLEIN.- ¡Ah!, dispéñseme, Páter... Me había olvidado. **(Él enciende su cigarrillo.)**

ERNEST.- Mi coronel, ¿no cree usted que un whisky nos sentará maravillosamente bien?

KENNERLEIN.- Está usted haciendo una proposición sensacional, Pahlen.

ERNEST.- Voy a prepararlo. ¿A usted le apetece otro, Páter?

DANIEL.- No hay nada que justifique que dé trato de preferencia a la bebida sobre el tabaco.

ERNEST.- Como guste. **(Inicia el mutis por la izquierda, pero en este instante suena un timbre.)**

KENNERLEIN.- Es la puerta de la calle. ¿La cerró usted tal vez, Páter, al llegar?

DANIEL.- Sí.

KENNERLEIN.- Siempre está abierta, pero hizo usted bien cerrándola. Abra usted, Ernest, por favor. Aunque pienso que sería delicado que preguntara usted arriba... Acaso deseen evitarse visitas fastidiosas, y hoy es tarde de temerlas.

DANIEL.- **(Puesto que a ERNEST la escalera le impone cierto respeto.)** Déjeme a mí... **(Y sube y llama en la puerta.)** Señorita Hoffmann...

ELISABETH.- **(Se asoma en el acto. Alarmada.)** ¿Qué hay?

DANIEL.- Nada. Que llaman a la puerta; y que si usted desea que le ahuyentemos inoportunos...

ELISABETH.- Muchas gracias, Páter. No estamos con ánimos de recibir a nadie. Solo si viniera la señora Klein...

DANIEL.- No se preocupe...

(El timbre suena de nuevo mientras el PÁTER desciende la escalera. A ERNEST, que le consulta con la mirada.)

Si es la señora Klein, que pase.

(ELISABETH se queda un instante para ver quién llega. Mutis de ERNEST, que casi instantáneamente regresa.)

ERNEST.- El capitán Marling, mi coronel.

KENNERLEIN.- **(Con un leve atisbo de esperanza.)** Veamos...

(El capitán MARLING es un hombre de cualquier edad. Se supone que se ha desembarazado de su gabardina y su gorra de uniforme. Penetra quitándose los guantes, que, desde el foro, arroja dentro. Trae un aire de cierta zozobra.)

¿Qué hay, capitán Marling?

MARLING.- Sucede algo importante.

(ELISABETH, **intrigada por la presencia y el tono de voz de MARLING, se detiene a escucharle.**)

KENNERLEIN.- ¿De qué se trata?

(ERNEST y el PÁTER **hacen ademán de retirarse. MARLING se lo impide.**)

MARLING.- No es nada que ustedes no puedan oír.

KENNERLEIN.- Siéntese.

MARLING.- Usted sabe que yo, desde el primer día, he tenido la convicción de que el general Hoffmann era inocente.

KENNERLEIN.- Cierto.

MARLING.- Acabo de verlo demostrado.

KENNERLEIN.- ¿Cómo es eso?

MARLING.- En el archivo de la 96 División, que ha sido encontrado en los sótanos de una casa próxima a donde estuvo el Cuartel General, ha aparecido la orden. He sacado copia de ella. Su lectura, a mi juicio, no deja lugar a dudas. Véala. **(Le tiende una cuartilla de papel a KENNERLEIN.)**

KENNERLEIN.- **(Lee.)** «Los pilotos norteamericanos que se hallan bajo su vigilancia serán sorteados. Veinte de ellos, inmediatamente pasados por las armas. El portador de esta orden me dará cuenta de haber sido cumplida sin pérdida de tiempo». **(Pausa.)** Draconiana orden, a fe mía.

MARLING.- ¿Se fijó en quién la firma?

KENNERLEIN.- No el Ejército, la Policía...

MARLING.- ¿Y ha advertido usted, mi coronel, a quién va dirigida?

KENNERLEIN.- **(Lee de nuevo.)** «Señor comandante jefe del Campo de Prisioneros número 28...».

(ELISABETH hace mutis cautelosamente.)

MARLING.- Esto demuestra, primero, que la orden no partió del general Hoffmann, y segundo, que no le fue ni siquiera comunicada.

KENNERLEIN.- O acaso, tan solo, después de cumplida.

MARLING.- Aun hay más: la ejecución tuvo lugar el 18 de marzo. Tres días después, el comandante Schneider, que era jefe del Campo, fue destituido. La orden de destitución, esa sí, la firma Hoffmann. Se dispone, escuetamente, que resigne el mando en su segundo y que se presente en el cuartel general. ¿No es bien expresivo todo ello?

KENNERLEIN.- Fue su reacción al tener noticia de los fusilamientos.

MARLING.- ¿Por qué Hoffmann no lo adujo en descargo suyo?

KENNERLEIN.- Porque entendió que se le condenaba como un símbolo y quiso asumir la responsabilidad de cuanto había sucedido bajo su jurisdicción. Pero, en fin, nuestra tarea no es ahora la de determinar si procedió con acierto o equivocadamente, sino de hacer lo que esté en nuestras manos para impedir que se produzca nada irreparable.

MARLING.- Así es, mi coronel.

(ELISABETH, AGATA y FREDERIK aparecen, en silencio, en lo alto de la escalera. Ninguno de los restantes personajes advierten su presencia.)

KENNERLEIN.- Veamos. La orden de que se suspenda o, por lo menos, se aplaze la ejecución de Hoffmann, ¿quién puede darla?

MARLING.- La conformidad con la sentencia fue firmada por el Comandante General de la Plaza, a propuesta del Consejo de Guerra.

KENNERLEIN.- Luego, será preciso que el mismo Consejo lo solicite del Comandante, ¿no es así?

MARLING.- Justo.

KENNERLEIN.- En consecuencia, lo primero es ponerse al habla con su Presidente. ¿Sabe usted dónde puede estar?

MARLING.- No le esperaban en su residencia hasta las diez. Había salido de la ciudad a eso de las cuatro y comería fuera.

KENNERLEIN.- ¿Y el resto de sus compañeros de Consejo?

MARLING.- A esos, les he dicho que se reúnan en Tribunales Militares.

KENNERLEIN.- Bien. ¿Intentó usted localizar al Presidente?

MARLING.- Sí, pero sin éxito alguno. De todas formas, se han cursado órdenes para que se le busque, y confío en que den resultado. El Consejo estará reunido cuando él llegue.

KENNERLEIN.- Convendría advertir al Comandante General lo que pasa.

MARLING.- Ya lo hice. Hablé con su ayudante, el mayor Driver, y le previne de que acaso el Consejo solicitaría el aplazamiento de la ejecución de Hoffmann.

KENNERLEIN.- Bien, capitán Marling: veo que no ha perdido usted el tiempo.

MARLING.- No nos sobraba mucho, coronel Kennerlein.

KENNERLEIN.- Es verdad.

MARLING.- De todas formas, yo me marchó. Voy a Tribunales Militares. Deseo informar cuanto antes a los miembros del Consejo de lo sucedido.

KENNERLEIN.- Me parece perfecto.

MARLING.- Apenas haya alguna novedad, le telefonaré.

KENNERLEIN.- Se lo agradeceré mucho.

MARLING.- Hasta luego, entonces.

AGATA.- **(Sonoramente.)** Dios le bendiga, capitán Marling.

(El capitán MARLING, sorprendido, se detiene un segundo. Insinúa una leve inclinación de cabeza y se marcha por la derecha.)

KENNERLEIN.- Les ruego que no salgan de sus habitaciones. Tengo tanto interés como ustedes en despertar de esta pesadilla, pero su presencia me cohibe. Déjenme. He de dar algunas órdenes.

FREDERIK.- Sí,... **(A AGATA y ELISABETH.)** Vámonos.

(Hacen mutis los tres.)

KENNERLEIN.- Retírese un momento, teniente Pahlen.

ERNEST.- A la orden. **(Mutis, a su vez, por la izquierda.)**

KENNERLEIN.- Páter: he de encomendarle una misión delicada. Va usted a trasladarse a la prisión. Yo llamaré ahora mismo al alcaide, el comandante Trusell, para que le reciba. Si por fortuna se suspende la ejecución, a quien primero se le comunicará será a él, como es lógico. Para mí, las pruebas aportadas por el capitán Marling no admiten dudas, y estoy cierto de que el Consejo les concederá la importancia que tienen. Bien. Va usted a solicitar, en ese caso, de Trusell que le permita a usted notificarle personalmente al general Hoffmann, que la sentencia se ha suspendido.

DANIEL.- No creo que haya ningún obstáculo.

KENNERLEIN.- Tampoco yo. Eso sí, me atrevería a darle un consejo, aunque le parezca pueril. ¿Conoce el general la hora a que ha de ser ejecutado?

DANIEL.- Lo ignoro.

KENNERLEIN.- A despecho de la magnífica entereza de que ha hecho gala, convendría ahorrarle emociones superfluas... No sé cómo explicarme... El ideal sería que oyera su voz antes que sus pasos, y que los cerrojos de su celda se abrieran después de que supiese que había sido indultado. No antes.

DANIEL.- Soy de su mismo criterio y procuraré que las cosas sucedan de esa forma.

KENNERLEIN.- Le ruego que, apenas cumplida su misión, me avise.

DANIEL.- No lo dude.

KENNERLEIN.- Y eso es todo.

DANIEL.- Sencillo me parece.

KENNERLEIN.- ¿Tiene usted coche, Páter?

DANIEL.- No, andaba mal; me trajo el sargento Richard.

KENNERLEIN.- ¡Teniente Pahlen!

ERNEST.- **(Sale por la izquierda.)** ¡A la orden!

KENNERLEIN.- ¿Le importaría a usted acompañar al Páter a la prisión en mi coche?

ERNEST.- Encantado. **(Hace mutis por la derecha.)**

KENNERLEIN.- ¿Y un cigarrillo ahora, Páter?

DANIEL.- ¡Caramba, ahora sí! **(Se lo acepta. Echa una bocanada de humo.)** Sienta bien...

KENNERLEIN.- ¿Nevaba cuando usted vino?

DANIEL.- Sí, aunque algo menos que al mediodía.

KENNERLEIN.- ¿Le gusta a usted la nieve?

DANIEL.- Sí, es bonita, pero se mancha mucho y hay que estarla llevando siempre al tinte.

(KENNERLEIN se ríe.)

ERNEST.- **(Ha cogido una trinchera y unos guantes.)** Yo ya estoy listo, Páter.

KENNERLEIN.- ¿Sabe usted cuál es el teléfono de la prisión?

ERNEST.- Sí... Aquí lo tengo... **(Busca en la agenda.)** El 11650.

KENNERLEIN.- Antes de que lleguen, ya habré yo hablado con el comandante Trusell.

DANIEL.- Hasta pronto, coronel Kennerlein.

ERNEST.- A la orden.

(KENNERLEIN se detiene un momento en el quicio de la puerta para despedirles. Simultáneamente, suena el teléfono.)

KENNERLEIN.- **(Asaltado de un presentimiento.)** Esperen un minuto.

(Los dos habían hecho mutis, pero vuelven a escena. ERNEST, poniéndose la trinchera, y los guantes.)

DANIEL.- ¿Qué pasa?

KENNERLEIN.- **(Descuelga el teléfono.)** Dígame... Sí, Villa Agata... Sí, el coronel Kennerlein al aparato... ¿Quién habla?... ¿El comandante Trusell?... **(Les hace señas a PAHLEN y al PÁTER para que se aproximen.)** Dígame... Sí, sí... ¿Es posible?... Bien, bien. Muy agradecido... **(Cuelga.)**

ERNEST.- ¿Sucede algo?

KENNERLEIN.- Demasiado tarde, señores.

(ELISABETH, furtivamente, ha aparecido en lo alto de la escalera.)

El general Hoffmann ha puesto fin a su vida.

(ELISABETH da un grito terrible, que resuena en la casa entera, y rápidamente cae el...)

TELÓN

△

Acto III

Cuadro I

El mismo decorado. Ha transcurrido una hora desde el final del acto anterior.

En escena, el capitán MARLING y DANIEL. El PÁTER toma una taza de café. MARLING, un vaso de whisky.

MARLING.- Siento ya no haberme marchado con el coronel y con

Pahlen.

DANIEL.- No se arrepienta. Me conforta mucho su compañía, querido Marling.

MARLING.- Le confesaré que me encuentro impaciente. Voy a llamar a la cárcel.

DANIEL.- Espere usted, hombre. Yo no creo que tardemos en recibir detalles.

MARLING.- Es que nos encontramos atentos a la noticia escueta que el coronel nos transmitió, y yo, la verdad, deseo verla ampliada.

DANIEL.- ¿Y qué más quiere usted que le digan? «El general Hoffmann ha puesto fin a su vida». Todo lo que añadan a esas palabras, será accesorio. ¿Qué nos importa que haya sido de una manera o de otra? Escapó a la justicia de los hombres. Que la Divina le sea propicia. ¿Sabe usted, de paso, que yo tengo un pequeño remordimiento?

MARLING.- ¿Usted?

DANIEL.- Sí. Cuando se había despedido de su mujer y de su hija me preguntó qué suerte había corrido la petición de indulto que formulara usted. Yo no atiné a urdirle una mentira piadosa, y le contesté la verdad. Me oyó sin pestañear, con un aire de grave cortesía, y me dio las gracias después. Sin embargo, en aquel mismo momento -seguro estoy- tomó la resolución que poco más tarde ponía en práctica. De haberle dejado una esperanza, tal vez, las cosas hubieran pasado de otro modo.

MARLING.- No se preocupe usted, Páter, y tenga tranquila su conciencia. ¿Quién iba a prever lo sucedido?

(Suena el timbre de la calle. El PÁTER se pone de pie y hace mutis.

MARLING bebe su vaso de whisky y contempla, de paso, el retrato de FREDERIK KENNERLEIN que hay sobre uno de los muebles. El PÁTER comparece casi inmediatamente en escena.)

DANIEL.- Dice que es la señora Klein. **(Desde el arranque de la escalera. Habla con una voz recogida y discreta.)** Óiganme...

(HELEN aparece en el rellano.)

HELEN.- ¿Qué sucede?

DANIEL.- La señora Klein, está abajo.

HELEN.- ¡Ah!, voy yo misma. **(Desciende, en efecto, y hace mutis por la puerta de la calle, de donde vuelve a salir en compañía de la señora KLEIN, que lleva un abrigo y un gran pañuelo cubriéndole la cabeza.)**

KLEIN.- Buenas noches... **(Hace un saludo al capitán MARLING, que le responde deferentemente.)**

MARLING.- Buenas noches, señora.

KLEIN.- **(A HELEN.)** ¡Qué espanto, señora Stortz, qué espanto!

HELEN.- Sí, es horrible.

KLEIN.- ¿Qué tal se encuentran la señora Hoffmann... y su hija?

HELEN.- Las dos, dándonos una lección de cómo debe ser aceptada la adversidad.

KLEIN.- Son admirables. **(Transición.)** Oiga usted: el somnífero que me había pedido, ¿no se lo dieron?

HELEN.- Todo estaba preparado, señora Klein; pero los acontecimientos se precipitaron de tal manera que no nos fue posible.

KLEIN.- Frederik Kennerlein, ¿les acompaña?

HELEN.- Sí, gracias a Dios.

KLEIN.- Y la pequeña, ¿qué hace?

HELEN.- Mire usted, señora Klein: yo deseaba pedirle a usted un favor. ¿Le importaría llevársela a su casa para que pasara allí la noche?

KLEIN.- ¡Con alma y vida!... ¿Querrá ella?

HELEN.- A regañadientes, pero espero que le podremos convencer.

KLEIN.- Pues por mí, cuando guste.

HELEN.- Venga conmigo.

(E inician el mutis, escaleras arriba.)

Padre: por parte de la familia Hoffmann, esa puerta podría ya quedar cerrada toda la noche.

DANIEL.- No se preocupe. Lo tendré en cuenta si alguien llama.

HELEN.- Muchas gracias.

(Mutis de HELEN y la señora KLEIN.)

MARLING.- Deme usted el número de la prisión, Padre. Debe usted saberlo.

DANIEL.- Sí, hombre, sí... El 11650.

MARLING.- **(Lo marca.)** Supongo que serán más explícitos ahora. **(Contrariado.)** Comunica.

(El PÁTER ha abierto un pequeño breviario que llevaba en el bolsillo y bisbisea unas preces.)

¿Reza usted, Páter?

DANIEL.- Sí, hijo, sí... Para que Dios haya concedido al general Hoffmann la gracia del arrepentimiento final.

MARLING.- Ante la ley divina, ¿todos los suicidios son iguales, Páter? ¿Es igual el de un joven que el de un viejo, el de un hombre sano que el de un enfermo desahuciado o el de un condenado a muerte?

DANIEL.- Oiga, capitán Marling, estas palabras tomadas del Libro de la Sabiduría: **(Lee en su breviario.)** «Tú eres, Señor, el que tiene el poder de la vida y de la muerte». Pero el suicida se lo toma por su mano...

MARLING.- Sin embargo, ¿cuándo la vida tiene un plazo de término fatal?...

DANIEL.- ¿Y quién conoce los términos de ese plazo? En el momento menos pensado, la vida puede abrírsenos en las manos como un abanico maravilloso. Nadie sabe la edad límite del hombre ni los resortes secretos de la Naturaleza, ni adivina el indulto... El hombre no tiene

derecho a robar a la Divinidad la libre disposición de ese último segundo que acaso reservaba la Divinidad para el milagro.

MARLING.- ¿Ni por ahorrarse un sufrimiento, Páter?

DANIEL.- Eutanasia se llama esa figura.

MARLING.- ¿Ni por librarse del deshonor?

DANIEL.- Eutanasia moral llamaríamos a esa otra.

MARLING.- ¿La condenación eterna es entonces el destino irremediable de todo suicida?

DANIEL.- ¡Ah, Marling!... Millones de seres minúsculos pueblan la gota de agua... Millones de actos de contrición caben en el postrer tictac de la existencia.

(Suena el teléfono. MARLING acude a él rápidamente. El PÁTER vuelve a su breviario.)

MARLING.- Dígame... Sí... ¡Ah, Pahlen!... Soy Marling, Pahlen... Le escucho... Sí, sí... Yo he estado llamando ahora mismo, pero comunicaba el teléfono... Sí, sí... ¡Qué barbaridad!... ¡Qué barbaridad!... ¿No hay duda posible?... Sí, sí... ¿Ha salido hacia aquí?... Ya, ya. Le entiendo... Muy bien. Hasta luego, Pahlen.

DANIEL.- ¿Qué sucede?

MARLING.- El general Hoffmann se ha envenenado.

DANIEL.- Pero, ¿cómo? ¿Y con qué?

MARLING.- Eso es lo que están tratando de averiguar en estos momentos. El comandante Trusell ha salido para Villa Agata, en donde tomará declaración a los parientes del general. ¿Qué le parece, Páter, el nuevo sesgo del «affaire» Hoffmann?

DANIEL.- Imprevisto, a fe mía.

MARLING.- Me considero incapaz de afrontarlo sin la ayuda de un nuevo whisky. **(Se va por la lateral izquierda, de donde saldrá en su momento con el vaso de whisky lleno de nuevo.)**

(Por la escalera descienden la señora KLEIN e ILSE. HELEN las sigue.)

HELEN.- Aunque te contraríe, Ilse, tienes que darte cuenta de que es por el bien de todos... Ya verás, en casa de la señora Klein, qué a gusto has de encontrarte... Está su hija Mary, ¿verdad?

KLEIN.- Claro.

HELEN.- Que es muy amiga tuya.

KLEIN.- Tengo también al pequeñito de Ferdinand, un ángel vivo.

HELEN.- Mañana yo misma te iré a recoger, Ilse.

(MARLING, ya repostado de whisky, cruza, antes de que desciendan por completo la escalera, delante de ellas. ILSE mira a la lateral izquierda, camino de la puerta de la calle, varias veces, de una manera ostensible.)

KLEIN.- ¿Buscas algo, Ilse?

(La señora STORTZ no puede contener una sonrisa tiernamente

irónica: ha comprendido bien lo que ILSE buscaba.)

ILSE.- No, no... Nada, señora Klein.

KLEIN.- (Al PÁTER.) No me cierren. Regreso en seguida. **(Y hace mutis con ILSE, por la puerta de la calle.)**

DANIEL.- (A MARLING.) No sé si sería humano prevenirles de la llegada del comandante Trusell. ¿Qué cree usted?

MARLING.- Pienso que si el comandante Trusell lo advirtiese nos lo reprocharía. El factor sorpresa, en los interrogatorios, tiene su importancia.

HELEN.- (Desde la escalera.) ¿Deseaban algo?

MARLING.- Nada, nada, señora.

(Mutis de HELEN.)

(Al PÁTER.) Y aquel cuya ayuda hace posible el suicidio de otro o apresura su fin, ¿qué suerte corre, Páter, con arreglo a sus normas?

DANIEL.- ¿Es que las de los hombres le dejan sin castigo?

MARLING.- No, ciertamente. Les tratan como cómplices de un delito de homicidio.

DANIEL.- Esa es su responsabilidad.

MARLING.- Y, sin embargo, ¡cuántos matices caben dentro de ella! ¿Recuerda usted, Páter, un episodio que se cuenta en El libro de los jueces?

DANIEL.- Me alegra oírle citar las Escrituras.

MARLING.- No le respondo de que no sea para interpretarlas con excesivas licencias. Al de Abimelec, me refiero...

DANIEL.- Ya lo recuerdo, en el sitio de Tebas...

MARLING.- Una mujer, desde lo alto de la torre, lanzó sobre él una piedra de molino que le hirió mortalmente. Abimelec consideraba infamante morir a manos femeninas, y, para que así no fuera, pidió a su escudero que le diera el golpe de gracia. El escudero le obedeció... ¡Qué quiere usted, Páter!... Yo no me veo muy a gusto formando parte del Consejo de Guerra en el que se condenase al escudero.

DANIEL.- El rey David no era de su mismo parecer.

MARLING.- Caramba, me he buscado un contradictor de campanillas...

DANIEL.- Al infeliz amalecita que ayudara a Saúl a suicidarse, le condenó a muerte... No en vano, sin embargo, empleó usted la palabra guerra. El peso específico de ciertas cosas puede sufrir los embates de ese clima tremendo. Y alterarse, acaso. Pero la ley de Dios sigue en pie. El hombre no es dueño de su vida, sino su custodio. Debe rendirla cuando se la pidan, no antes... Y el que, de un modo o de otro, quebranta ese precepto, peca.

MARLING.- Calle. He aquí al comandante Trusell.

(Una espera de tres segundos, y, en efecto, el comandante TRUSELL aparece en escena. Es un hombre de unos cincuenta años. Tosco de

maneras. Viste una trinchera o una sahariana con cuello de piel.

Lleva bufanda y la gorra de plato del uniforme americano.)

TRUSELL.- Buenas noches, señores.

MARLING.- A sus órdenes, mi comandante. **(Le saluda con esas palabras rituales, pero sin taconazos ni honores jerárquicos.)**

DANIEL.- Buenas noches, comandante, Trusell.

TRUSELL.- ¿Hablaron ustedes con el teniente Pahlen?

MARLING.- Sí, yo hablé.

TRUSELL.- Puesto que ya están enterados... **(Es hombre de acción y aspira a resolver las cosas rápidamente.)**

MARLING.- No crea usted que con mucho detalle. El teniente Pahlen fue poco explícito.

TRUSELL.- La novela se cuenta en diez palabras. Alguien ha hecho llegar a las manos del general Hoffmann una ampollita de cianuro. Hay en este país grandes existencias de cianuro, por lo que se ve, y muchos aficionados a utilizarlo. Supongo que ya comprenderán la gravedad que tiene para mí lo sucedido, y las responsabilidades que echa sobre mis espaldas. Estoy, por lo tanto, absolutamente resuelto a descubrir al culpable, y creo que existen ciertas probabilidades de que lo encontremos en esta casa.

MARLING.- ¿De quién sospecha, comandante Trusell?

TRUSELL.- De aquellos que le han visitado.

MARLING.- ¿Quiénes son?

TRUSELL.- La lista es muy corta: Agata Hoffmann, Elisabeth Hoffmann y Frederik Kennerlein. Por fortuna, están los tres aquí mismo, ¿no es así?

MARLING.- Así es.

TRUSELL.- Haga el favor de avisarles que bajen en el acto.

DANIEL.- Comandante Trusell..., ¿no sería humano aplazar el interrogatorio? La señora Hoffmann y su hija se hallan en la situación de ánimo que usted comprenderá. Mañana todo tendrá un aspecto distinto, pero ahora...

TRUSELL.- No estoy dispuesto a poner en peligro el éxito de mis pesquisas ni a comprometer mi puesto por ningún género de consideraciones. Mañana el culpable ha de estar convicto y confeso. ¿Quién de ustedes les avisa? ¿O será menester que lo haga yo mismo?

DANIEL.- No, no, comandante Trusell; yo iré. **(Inicia el mutis, sin grandes entusiasmos, escaleras arriba. A MARLING.)** Más fácil es parlamentar con el que teme perder la vida que con el que teme perder el cargo.

TRUSELL.- ¿Decía usted algo, Páter?

DANIEL.- **(Inocente.)** No, no... nada... **(Ya en la puerta, la golpea con los nudillos.)**

HELEN.- ¿Qué pasa?

DANIEL.- De orden del comandante Trusell, que bajen

inmediatamente la señora Hoffmann, su hija y Frederik Kennerlein.

HELEN.- Pero...

DANIEL.- Es inútil toda protesta.

HELEN.- Bien. **(Y hace mutis.)**

(El PÁTER desciende los escalones.)

MARLING.- **(Al comandante.)** El coronel Kennerlein, ¿se quedó en la ciudad?

TRUSELL.- Cuando venía hacia aquí le llamó el mayor Driver, de parte del Comandante general. No creo, de todas formas, que tarde en venir.

(FREDERIK KENNERLEIN baja las escaleras. Viste como en el acto anterior.)

FREDERIK.- ¿Qué se desea de mí?

TRUSELL.- ¿Es usted Frederik Kennerlein?

FREDERIK.- El mismo.

TRUSELL.- Soy el comandante Trusell. Deseo hacerles algunas preguntas. **(Transición.)** La señora Hoffmann, ¿cómo no baja?

FREDERIK.- Es cuestión de un minuto.

TRUSELL.- ¿Y su hija?

FREDERIK.- Vea a las dos.

(Las dos, en efecto, descienden en este momento por las escaleras. Tras ellas, HELEN. AGATA HOFFMANN guarda la misma altivez imperturbable que le es característica. ELISABETH, siempre menos fuerte, lloró -se le conoce- más que ella. HELEN queda en la escalera.)

TRUSELL.- Señoras: les pido excusas por someterlas a un interrogatorio en estas circunstancias, pero el deber no admite dilaciones.

AGATA.- Cúmplalo, entonces.

TRUSELL.- Frederik Kennerlein visitó al general Hoffmann en la mañana del día 14, ¿es así?

FREDERIK.- Así es.

TRUSELL.- La señora Hoffmann y su hija le han visitado en tres ocasiones. Una, el día 10; otra, el 14, y otra, la última, hoy, a las cuatro de la tarde, ¿no? **(Se auxilia con una pequeña apuntación.)**

AGATA.- Sí.

TRUSELL.- El general Hoffmann se ha suicidado con una ampolla de cianuro. Uno de ustedes se la ha dado.

FREDERIK.- ¿Se le ocurre a usted por qué procedimiento? El general Hoffmann se encontraba separado de nosotros por un pasillo de un metro de anchura. Una reja le aislaba, aun más todavía. Un centinela de vista nos tenía en observación. A la entrada, habíamos sido cacheados hasta la ignominia. No me reconozco con ingenio bastante para burlar régimen tan espeso de precauciones.

TRUSELL.- Algún debilitamiento tuvo ese régimen. La esposa y la

hija del general Hoffmann pudieron abrazarle al despedirse.

AGATA.- Fue muy corto ese abrazo, señor, para lo que significaba: el fin de cuarenta años de vida en común. No desperdicié ni un solo segundo de él, se lo aseguro.

TRUSELL.- La juventud de su hija tal vez le permitió una mayor presencia de ánimo.

AGATA.- No crea usted que la fortaleza es patrimonio de los jóvenes, señor; mi hija se desvaneció y hubo de ser asistida en la enfermería de la cárcel.

TRUSELL.- ¿Se niegan, pues, a reconocer su culpabilidad?

AGATA.- No somos culpables.

FREDERIK.- ¿Y no ha pensado usted en que el general llevara consigo el veneno cuando fue detenido?

TRUSELL.- Es imposible que hubiera podido ocultarlo. El registro a que se le sometió no dejaba lugar a dudas.

FREDERIK.- La figura del general Hoffmann, tenía simpatías y respetos en Alemania. De esa opinión, difusa, pero muy favorable a él, creada en torno suyo, ha podido partir la ayuda.

TRUSELL.- Para materializarse, siempre habrá necesitado de la cooperación de alguien. El aura popular que, según ustedes, le asistía, no cuaja, por arte de magia, en una ampolleta de cianuro.

FREDERIK.- Me estoy acordando, comandante, de cierto documento, del que yo dispongo, y que podría aclararle un poco sus dudas. ¿Me permite que se lo traiga?

TRUSELL.- **(Le mira fijamente, sin entenderle.)** Tráigalo.

FREDERIK.- Con su permiso. **(Sube, rápidamente, escaleras arriba.)**

(Al mismo tiempo, en unión de MARGARET, la señora KLEIN se presenta en la puerta de la calle. MARGARET, clava sus ojos en el comandante TRUSELL, pero no se mueve del umbral de la puerta.)

KLEIN.- **(Tenuemente.)** Ilse, ha quedado en casa, con mi hija... No deben preocuparse por ella.

AGATA.- Muchas gracias.

HELEN.- Venga aquí, señora Klein.

(La señora KLEIN le ve, entonces, y se le aproxima.)

KLEIN.- **(Como un susurro, a HELEN.)** Ilse ha tomado una sopita y me parece que le ha caído bien. Es una sopa que a mí me sale muy sabrosa y que hago con un poquito de tapioca y queso rayado, que lo venden, por cierto, en la tienda de los Brenning, que me lo han cobrado, ¿a cuánto dirá usted?, si es que no sé dónde vamos a parar, y cómo se están poniendo las cosas... **(Le habla en voz baja, con voz de rosario.)**

(Suena el teléfono.)

DANIEL.- **(En un tono de dulce reproche.)** ¿Quién es?... No, hombre, no. Se equivoca. Esto no es Copacabana.

(El PÁTER mira a MARLING, este al PÁTER y, sin que se sepa

exactamente por qué, el PÁTER se azora un poco. En el ínterin, el comandante TRUSELL se pasea, haciendo tiempo, de derecha a izquierda, por la estancia.)

TRUSELL.- Guardado tiene el documento, dicho sea de paso...

(HELEN sube un par de escalones, como por cortesía, y mira hacia la puerta, a la espera de FREDERIK. Solo que FREDERIK no llega.)

HELEN.- Voy a ver... **(Y entreabre la puerta.)**

(Entonces, instintivamente, AGATA y ELISABETH acusan una sensación de frío. Se estremecen un poco y miran hacia arriba.)

KLEIN.- ¡Qué corriente de aire!...

TRUSELL.- Llega un automóvil, ¿no? Mire si es el celular.

DANIEL.- **(Atisba por el ventanal. Con la mayor ingenuidad.)** No es un coche que llega, es un coche que se va.

TRUSELL.- ¡Ah!

(HELEN surge, demudada, en la puerta de su mutis. TRUSELL, súbitamente inquieto, se aproxima al ventanal y comprueba la veracidad de las palabras del PÁTER. Asaltado de un desagradable presentimiento.)

¿Dice usted que se va? **(Se lanza, rápido, escaleras arriba.)**

AGATA.- **(Irritada por la osadía de TRUSELL.)** ¿Cómo se entiende?

HELEN.- Psss... **(Desciende los escalones y se dirige a ELISABETH y a AGATA.)**

ELISABETH.- ¿Pasa algo?

HELEN.- **(Con zozobra. En voz baja.)** La ventana estaba abierta. Me parece que Frederik...

AGATA.- ¿Qué...?

HELEN.- Era él, estoy segura... Arrancaba en ese mismo momento. Fue cuestión de un segundo, pero yo juraría que era él...

AGATA.- **(Para sí.)** Luego, entonces...

ELISABETH.- **(Enigmática.)** Dios lo quiera...

AGATA.- ¿Qué dices?

ELISABETH.- **(Borrosamente.)** Nada...

TRUSELL.- **(En lo alto de la escalera.)** ¡Ha huido!

MARLING.- ¿Es posible?

TRUSELL.- ¡Va a pagarlas todas juntas!... **(TRUSELL desciende de la escalera.)**

DANIEL.- Fue Frederik...

KENNERLEIN.- **(Aparece por la puerta de la derecha.)** ¿Quién iba en ese coche?

TRUSELL.- Frederik Kennerlein, el responsable del suicidio de Hoffmann. **(Desde el umbral de la puerta de la derecha.)** ¡Harold,

persiga ese coche! ¡Alcáncele, cueste lo que cueste!...

DANIEL.- Convicto y confeso...

KENNERLEIN.- ¿Qué ha pasado?

DANIEL.- **(Se le acerca.)** Frederik Kennerlein, para evitar ser detenido como cómplice del suicidio del general, acaba de escaparse.

KENNERLEIN.- **(Abstraídamente.)** Como cómplice... Ya comprendo. **(Y se queda ajeno a cuanto sucede en torno suyo, rumiando sus pensamientos, mientras TRUSELL, frenético, ha tomado el mando de la persecución de FREDERIK y pone a todos en movimiento.)**

TRUSELL.- **(Se dirige a MARLING.)** Deme las características de su coche... **(Va al teléfono y marca un número.)** ¿Qué coche es...?

MARLING.- Un Oldsmobile, cuatro puertas..., color café...

TRUSELL.- ¿Qué matrícula?

(MARLING mira al PÁTER con un gesto de perplejidad: la ignora. Pero, por fortuna, alguien habla al otro lado del hilo telefónico.)

¿Policía de carreteras?... **(A KENNERLEIN.)** Haré uso de su nombre. Aquí el comandante Trusell, alcaide de la Prisión Central, en nombre del coronel Kennerlein. Orden de detención del coche marca Oldsmobile, cuatro puertas, color café... **(A MARLING.)** ¿Número...?

MARLING.- **(Exculpatorio.)** Un noventa y tantos mil...

TRUSELL.- **(Le reprocha con un gesto, su imprecisión.)** Un noventa y tantos mil... Robado en la carretera de Fráncfort, a seis kilómetros de Steinburg... Bien, bien, llamaré dentro de dos horas. **(Cuelga.)**

AGATA.- ¿Desea algo más de nosotras, señor?

TRUSELL.- **(Destempladamente.)** ¡Pueden retirarse!

(AGATA y ELISABETH, seguidas de HELEN, inician el mutis escaleras arriba. La señora KLEIN no se atreve a acompañarlas ni a cruzar la escena, que el mal humor del comandante TRUSELL señorea, de forma tan señalada, y opta por quedarse a la expectativa, en el arranque de la escalera.)

KENNERLEIN.- Comandante Trusell: ¿cree usted que la simple sustracción de un coche para un paseo nocturno merece que ponga en movimiento toda la Policía americana?

TRUSELL.- **(Extrañado.)** Mi coronel: Frederik Kennerlein ha hecho algo más que robar un coche. Por su intervención ha podido suicidarse el general Hoffmann.

KENNERLEIN.- Espero que, en otro orden de cosas, sean sus informes más exactos que en este, comandante Trusell. Frederik Kennerlein es inocente. El responsable de que el general Hoffmann haya puesto fin a su vida es el coronel del Ejército norteamericano William Kennerlein.

TELÓN

Cuadro II

El mismo decorado. Ha transcurrido un mes desde el cuadro anterior. Luz de día. Son las once de una mañana de febrero.

Al levantarse el telón, el padre DANIEL, sentado cerca del ventanal, hojea un periódico. Poco después, ELISABETH penetra por la puerta de la calle.

ELISABETH.- **(Un poco preocupada y refiriéndose con la mirada a la puerta de la izquierda.)** Está, naturalmente. No salió todavía, ¿verdad?

DANIEL.- No, no...

ELISABETH.- Venía intranquila. Me han hecho esperar... **(Trae, en una pequeña redecilla, diversos paquetes.)**

DANIEL.- Queda tiempo aún.

ELISABETH.- Y perdóneme si no le he saludado siquiera. ¿Cómo está usted, Padre? Llevábamos un mes sin verle por aquí.

DANIEL.- Es cierto...

ELISABETH.- Desde aquella noche terrible...

DANIEL.- No pensemos en ella.

ELISABETH.- ¿Por dónde anduvo usted?

DANIEL.- Le diré que de la Ceca a la Meca, aunque esos parajes son poco adecuados para un religioso.

ELISABETH.- Le hemos echado de menos, Padre.

DANIEL.- Y yo a ustedes. De buena gana, habría venido a verles. Pero la verdad es que mi Orden mandó una gran cantidad de objetos de culto para las iglesias alemanas y que yo he tenido que distribuirlo entre las más necesitadas.

ELISABETH.- No ha podido invertir mejor su tiempo.

ERNEST.- **(Sale por la izquierda.)** ¿Y sabe usted, señorita Hoffmann, que el Páter se nos marcha para América?

ELISABETH.- **(Desentendida de esa noticia y pendiente solo de aquella parte del mundo que empieza en el umbral de la puerta de la izquierda. Con una voz que la zozobra vela un poco.)** ¿Qué hay, dígame? ¿Cómo va el coronel?

ERNEST.- ¿Cómo ha de ir? ¡Perfectamente!

(Ahora ELISABETH sonrío, aunque sobre un fondo de tristeza.)

(ERNEST vuelve al tema inicial.) ¡Eh, señorita Hoffmann! ¿Qué opina

de la deserción del Páter?

ELISABETH.- ¿Es cierto que se marcha usted?

DANIEL.- Pues, parece que sí.

ELISABETH.- Lo siento sinceramente.

DANIEL.- Quien manda, manda.

ERNEST.- **(Burlón.)** No deberíamos ni saludarle, señorita...
¡Abandonarnos ante el peligro ruso!

DANIEL.- ¡Bah, bah!...

ERNEST.- ¡Ah! ¿Es que no existe ese peligro?

DANIEL.- ¡Hombre, sí!...

ERNEST.- Mire usted. Yo tengo compañeros de dos grupos: uno, el de los pesimistas que creen que la avalancha solo podría contenerse quince días, y otro, el de los optimistas, que elevan ese plazo a dieciocho. ¿En cuál le apunto?

DANIEL.- Aparte. Entre los superoptimistas.

ERNEST.- Me satisface oírle, Páter.

DANIEL.- «Las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia», dijo el Señor. **(Con suave ironía.)** Y yo sigo la norma de hacerle caso en todo, porque, hasta ahora, parece que viene acertando. ¡Ay, hombre de poca fe! Amigo Pahlen, fíjese si Europa tendrá segura la victoria, que su línea de defensa pasa por Nazareth.

ELISABETH.- ¿Y cuándo nos deja, Padre?

DANIEL.- Aún no ha sido fijada la fecha.

ELISABETH.- ¿Y es un viaje definitivo? ¿No volverá?

DANIEL.- Sería un síntoma intranquilizador.

ELISABETH.- **(A ERNEST, mientras vuelve a mirar a la puerta de la izquierda.)** ¿Qué hora tiene usted, teniente Pahlen?

ERNEST.- Las diez, señorita Hoffmann.

ELISABETH.- ¿Va bien su reloj?

ERNEST.- Así creo.

ELISABETH.- ¿Con qué anticipación saldrán...?

ERNEST.- Media hora antes, calculo yo.

ELISABETH.- O sea... a eso de las once menos cuarto, ¿no?

ERNEST.- Sí, eso supongo.

ELISABETH.- Es que yo no quisiera que...

ERNEST.- Aún queda tiempo, pero esté al cuidado.

ELISABETH.- Hasta luego, entonces. **(Y hace mutis por la escalera.)**

DANIEL.- A propósito, me crucé al entrar con cierta personita que, al pronto, no supe quién era, pero en la que, tras unos segundos de atención reconocí a nuestra particular amiga Ilse Hoffmann.

ERNEST.- ¡Ah! ¿Se ha dado usted cuenta de la transformación? Es un milagro biológico. ¡Qué secretos los de la Naturaleza!... De la noche a la mañana... Ayer, una colegialilla; hoy, una mujer de bandera... ¿No está

de acuerdo conmigo?

DANIEL.- ¡Hombre!... Pedirle a un pobre dominico que asienta a esos exaltados elogios, se me antoja excesivo. Pero, en fin, sin faltar a la regla, he de reconocer que se ha operado en la chiquilla una metamorfosis importantísima.

ERNEST.- Esa es la palabra: metamorfosis. La crisálida y la mariposa.

DANIEL.- ¿Y tiene usted buena impresión de la mariposa?

ERNEST.- Me siento esperanzado. Debe de ser la primavera.

DANIEL.- Bien distante está en el calendario.

ERNEST.- Pero no en la atmósfera. ¿No lo ha notado usted? Hoy, de mañana, una ráfaga de viento me detuvo de improviso, cuando iba a buscar al coronel White. Aún hay nieve en las montañas y el abrigo es indispensable. Pues, sin embargo, aquella ráfaga traía algo así como un mensaje de abril o de mayo. Lejanísima, pero inconfundible. Le aseguro a usted, Páter, que me paró en seco. Yo hice así, **(Simula aspirar.)** y me dije a mí mismo: ¡vaya, primavera tenemos! Oiga usted, y me entró una alegría...

DANIEL.- Juventud, se titula ese poema, amigo Pahlen. **(Transición.)** Y, por ahí dentro, **(Se refiere, claro, a la izquierda.)** ¿sin novedad?

ERNEST.- Sin novedad.

DANIEL.- ¿El ánimo?

ERNEST.- Imperturbable.

DANIEL.- ¿Qué impresión hay?

ERNEST.- Con él yo no he hablado ni una sola palabra, pero con el capitán Marling, millares.

DANIEL.- ¿Y según el capitán?

ERNEST.- Confía en que todo quede reducido a unos meses. Aunque, claro, haya cosas que sea preciso considerar ya definitivamente perdidas.

DANIEL.- ¿Y cuál es la situación de usted?

ERNEST.- La más penosa de todas. Degradado y arrestado, en su propio domicilio, mi antiguo jefe. Y yo, convertido en el comandante Trusell de Villa Agata.

DANIEL.- ¿Y el nuevo?

ERNEST.- ¿El coronel White?

DANIEL.- Sí. El viernes le saludé. Es de Dallas. Yo viví allí mucho tiempo, cuando salí de Francia. Me pareció un hombre muy agradable.

ERNEST.- No se equivocó usted. Pero sustituir a Kennerlein.

DANIEL.- Fíjese a quién tiene ahí...

(Por la puerta de la calle, ILSE HOFFMANN. Las palabras de ERNEST eran exactas. La mariposa es bellísima, cuanto de la crisálida era lícito esperar, y aun más. Lleva un traje de mujer y peinado de mujer y mira con unos ojos de mujer. Cruza la escena en derechura para a la escalera.)

ERNEST.- **(Deslumbrado. Para sí.)** ¡Dios del cielo!

(El PÁTER sonrío y se aleja al otro extremo de la escena.)

(ERNEST va al encuentro de ILSE. Le habla con una timidez conmovedora.) La señora Stortz me dijo anoche que le recordara, si la veía a usted, lo del cuarteto de Beethoven.

ILSE.- Sí, ya lo he estudiado. A la tarde le llevaré los papeles.

ERNEST.- ¿Le importaría que fuéramos juntos?

ILSE.- No... **(Y comienza a subir por la escalera.)**

ERNEST.- La esperaré, entonces.

ILSE.- Como guste. **(Sube algún escalón más.)**

ERNEST.- Ilse...

ILSE.- **(Se detiene.)** ¿Qué?

ERNEST.- **(Con vehemencia.)** ¿No me permite que le hable?

ILSE.- **(Con un embozado anhelo.)** ¿Qué tiene que decirme?

ERNEST.- **(Se le acerca.)** Que la quiero. ¿No lo sabía?

ILSE.- Sí.

ERNEST.- ¿Me quiere usted?

ILSE.- ¿No lo sabe?

ERNEST.- No.

ILSE.- **(Reflexivamente.)** Creo que también le quiero... **(Y se aleja de él subiendo poco a poco las escaleras, venciendo cuanto la impulsaría a abrazarle.)**

(ERNEST la acompaña, fascinado, hasta que desaparece. Entonces desciende, de un solo salto, los cinco o seis últimos escalones, todos los que su agilidad le permita.)

DANIEL.- Magnífico salto, amigo. De niño vi yo dar a Nijinsky otro semejante en *El espectro de la rosa*. Era una época en la que casi no había en Europa más rusos que los bailarines... ¿Le felicito, Ernest?

ERNEST.- Sí, Páter. A pesar de la tristeza y del dolor que nos reserva esta mañana, hoy es para mi 31 de mayo.

(WILLIAM KENNERLEIN, por la izquierda. Viste de paisano. Traje oscuro.)

KENNERLEIN.- Teniente Pahlen.

ERNEST.- Dígame.

KENNERLEIN.- Estaba en lo cierto el coronel White. He aquí el informe que echaba de menos en el asunto Cenit. Lo había sacado yo de mi despacho... **(Con un ligerísimo atisbo melancólico.)** la última tarde que pasé por él. Y no me acordaba. Entrégueselo después, hágame el favor, con mis excusas.

ERNEST.- Perfectamente.

KENNERLEIN.- Y si, no le importa revisar con detalle esos cajones... No debe quedar en ellos ni un solo papel oficial.

ERNEST.- Con mucho gusto. **(Y hace mutis por la izquierda.)**

KENNERLEIN.- ¿Es para mí su visita?

DANIEL.- Naturalmente. Ya sé que es ahora cuando va a celebrarse el juicio, y he venido a saludarle a usted antes y desearle, de todo corazón, las mejores cosas.

KENNERLEIN.- Muchas gracias... Yo quería confesarme con usted, Páter.

DANIEL.- ¿Confesarse?

KENNERLEIN.- **(Se interrumpe. Mira hacia la derecha.)** Es mi defensor el capitán Marling, me parece. Quedó en recogerme... (Consulta su reloj.) Pero aún es pronto...

(FREDERIK KENNERLEIN se presenta en la puerta de la calle. Lleva un abrigo oscuro.)

(KENNERLEIN, sorprendido y para sí mismo.) ¡Ah, Frederik!

FREDERIK.- Buenos días, William. Buenos días, Padre.

KENNERLEIN.- Me alegra verte, Frederik.

DANIEL.- Yo no me marcho aún. Llámeme cuando le convenga.

KENNERLEIN.- De acuerdo, Páter.

(Mutis del PÁTER por la izquierda.)

Aún estoy dentro de plazo, Frederik, para hacerte una pregunta.

FREDERIK.- ¿Qué es lo que deseas saber?

KENNERLEIN.- La verdadera causa de tu actitud, la noche del 25 de enero.

FREDERIK.- ¿Qué explicación necesitas?

KENNERLEIN.- Primeramente, ¿quién supusiste tú que había hecho posible la muerte del general?

FREDERIK.- No lo sé a punto fijo.

KENNERLEIN.- ¿Quieres darme a entender que no adivinaste que era yo?

FREDERIK.- Acaso sí...

KENNERLEIN.- Sin embargo, por el simple hecho de huir, te convertiste a los ojos de los demás en responsable de su muerte.

FREDERIK.- Era lo que pretendía.

KENNERLEIN.- Comprendo el porqué. Trataste de evitar que Elisabeth y su madre fueran sujetas a un interrogatorio penoso y detenidas mientras no se demostrase su inocencia.

FREDERIK.- Justamente.

KENNERLEIN.- ¿Ninguna otra finalidad perseguías con tu fuga?

FREDERIK.- No...

KENNERLEIN.- ¿Pensaste algún momento en cuáles podían haber sido los motivos de mi conducta?

FREDERIK.- Posiblemente.

KENNERLEIN.- ¿Y no se te pasó por la imaginación la idea de asumir tú la responsabilidad que había contraído yo? ¿No pensaste en pagar, por mí, una deuda que nos alcanzaba, un poco, a todos?

FREDERIK.- No soy tan magnánimo...

KENNERLEIN.- Tu composición de lugar, quizás fuese esta: la sentencia contra mí será benigna. Contra William, grave. La pérdida de su carrera, el desprestigio y, tal vez, años de cárcel. ¿Te propusiste sacrificarte, Frederik, para evitarme todo eso?

FREDERIK.- **(Huidizo.)** Me juzgas mejor de lo que soy, William...

KENNERLEIN.- ¡Ah!, no intentes enmascarar tu generosidad... Necesito creer en ella, te lo aseguro. Le hace a uno mucho bien encontrarse un alma limpia y noble. Respóndeme, Frederik: ¿verdad que huías para que yo callara, y que no te hubieras presentado a la Policía de no haberme acusado yo? Contéstame, Frederik: quiero que haya una razón, nueva y nuestra, para darnos la mano.

FREDERIK.- Cometiste un grave error, William, declarándote culpable...

KENNERLEIN.- Gracias Frederik. **(Y, en efecto, le estrecha la mano.)** ¡Páter, venga usted aquí!

(El PÁTER llega por la izquierda.)

Antes le dije a usted que quería confesarme y usted me miró con asombro. Sabe que no soy católico... Acaso por no serlo, vivo este trance de hoy. Pero no era al sacerdote, sino al hombre de conciencia, al que deseaba abrir mi corazón, y ahora pienso que mejor que en secreto, ¡Pahlen!, con testigos.

(PAHLEN aparece por la izquierda.)

Una mañana, mi calidad de coronel americano me permitió llegar a la presencia del general Hoffmann. Vi en él, a la vez, al padre de Elisabeth, a la que amé siempre, desde el mismo minuto en que la conocí, y al soldado, enemigo, sí, pero compañero de armas también, aunque en ejércitos contrarios. Me bastó hablarle para persuadirme de su absoluta falta de culpa en la villanía de que se le acusaba. «¿Qué puedo hacer por usted, general Hoffmann?», le pregunté.

(ELISABETH y AGATA aparecen en lo alto de la escalera.)

Óigalo usted, Agata Hoffmann, y óyelo tú también, Elisabeth, porque debes saberlo, aunque ya nada me libre de tu aversión. «Acaso salvarme - me respondió Hoffmann- de una muerte deshonrosa». Y yo lo hice porque entendí que si debía morir y un pelotón de soldados no acababa su vida militar, la horca era un instrumento demasiado vil para quitársela. Después, el destino jugó con nosotros trágicamente. Él no esperó el último minuto, como prometiera, sino al penúltimo. Su absolución y su

agonía coincidieron en la misma hora. Fue espantoso, pero quizá necesario para que yo midiera, en toda su importancia, la magnitud del delito del que me había hecho reo.

DANIEL.- Seréense, amigo mío.

KENNERLEIN.- Desde aquella noche terrible no hay bajo las estrellas un ser humano más lleno que yo del horror de sí mismo.

ELISABETH.- (**Corre a él y le abraza.**) William, yo no puedo seguir huyendo de ti. Te adoro. He sufrido más de lo que es humanamente posible. Hay dentro de mí una voz que me gotea siempre las mismas palabras: por causa de él murió tu padre... Por causa de él murió tu padre... Pero ha llegado la hora de que yo ahogue esa voz, y de que me ponga a gritar por encima de todos: ¡Le quiero, le quiero, le quiero!...

(**MARLING surge en la puerta de la derecha a tiempo de oír a ELISABETH.**)

KENNERLEIN.- Luego... ¿tú me absuelves, Elisabeth? ¿Me quieres? Repítemelo, Elisabeth.

ELISABETH.- ¡Te quiero!...

KENNERLEIN.- ¡Más!

ELISABETH.- ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

KENNERLEIN.- ¡Ah, capitán Marling! Después de esto, ¿qué me puede importar la cárcel, qué la vida? Vea que no solo es usted a defenderme, con sus leyes, sino Elisabeth, con su amor y con sus brazos... Dígaselo a los jueces. Y si no les bastara, dígales también que yo, que confieso mi pecado, acuso a mi vez al tiempo en que vivimos, tan horrendo como el mundo no lo conoció jamás y tan lleno de sangre, que a todos nos salpica las manos, de crear la atmósfera que hace posible estos dramas. Yo temo que los hijos de nuestros hijos, cuando conozcan la crueldad y la vesania de nuestra época, se avergüencen de sus abuelos. También tú tienes, Frederik Kennerlein, tu parte de razón. Todos hemos cometido crímenes. Los que declarasteis la guerra, por ambición, y los que exigimos, por rencor, la rendición sin condiciones. Los que bombardeasteis Coventry y los que destruimos Hiroshima. Los que asesinasteis a mansalva millares de judíos y los que rociamos de fósforo las viejas catedrales.

MARLING.- (**Con violencia.**) ¡Cállese, se lo ruego!

KENNERLEIN.- ¡No callaré! Los que ejecutaron a los prisioneros y los que guardan millones de ellos, como esclavos, que ya no devuelven; los de la droga de la verdad, los secuestradores de once países y los de las quintas columnas, los que colgaron a sus jefes de las marquesinas y los que les ven agonizar entre rejas. Dígales que hay nombres de fuego que nos deshonran a todos: Katyn y su fosa, Buchenwald y sus espectros, Nuremberg y sus jueces... Vamos, capitán Marling, ya es hora de «Audiencia pública»... Pero un día terrible nos aguarda. Aquel en el que esa misma convocatoria se repita. Cuando en el banquillo de los acusados no sea yo quien se siente, sino la generación de nuestro tiempo, y ocupe el estrado del fiscal la Historia, y esté en el puesto de los magistrados Dios.

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

